

AMERICA

N.ºs 26 y 27



Valor \$ 0,50

AMERICA

AMERICA

REVISTA DE CULTURA
HISPANOAMERICANA

Dirección:

Alfredo Martínez

Guillermo Bustamante

Hernán Pallares Zaldumbide

Augusto Arias

Director Artístico:

Nicolás Delgado



Ernesto Noboa Caamaño

Año III

1927-28
Diciembre y Enero

AMÉRICA

REVISTA DE CULTURA
HISPANOAMERICANA

Nos. 26 y 27

QUITO--ECUADOR
Apartado N° 75

EN LA MUERTE DEL POETA ERNESTO NOBOA CAAMAÑO

¡O ESPERÁBAMOS de antemano, con aquella angustiosa expectación de los espíritus videntes que se adelantan a los acontecimientos.

SU muerte la habíamos adivinado; nos la habíamos advertido como algo próximo e inevitable, anticipándonos a llorarla con una prematura lamentación de nuestro afecto para el Poeta, desde cuando el fracaso de su vida, poniéndole al margen de lo que ella le prometió y debió concederle, le arrojara como despojo inútil a las áridas playas del desencanto; desde que, recluido para siempre—más que entre los cuatro ángulos de su recinto penumbroso, en el terco desprecio de su corazón por el mundo—no se le volvió a ver por la ciudad romántica y calló como si muriera.

LA postración de su cuerpo, debida al inveterado uso y abuso de los tósigos calmantes, le había tornado a la triste condición de una criatura desvalida, menesterosa de solícitos favores y de amantes indulgencias; y en los postreros meses, cuando la inercia de los miembros sin voluntad le aprisionó en el lecho, debió ser, sin duda, más patética, más sensible «para la angustia de sus horas» la noble figura de la madre posando sobre el dolor del hijo moribundo la inmaterialidad de sus extenuadas manos consoladoras.

NINGUNA juventud, como la suya, tan largamente atormentada en el suplicio de la carne enferma, ha podido desear con más inusitado fervor, con más insistente clamor desesperado, la eterna liberación. Por eso, «su alma poblada como un cementerio con las negras cruces de lo que ha perdido», tenía constantemente en los trémulos labios veraces la frase suplicatoria: «Llévame vosotros corazones muertos».

SUS poemas, de una conmovedora desesperanza, tienen la distinguida medida de los temperamentos aristócratas que huyen del populacho bullanguero y aclamador y sofocan el alarido de su garganta para musicalizarlo con palabras de sonidos dulces que se prestan para ser proferidas a media voz ante el recogimiento de un público devoto.

CUALIDAD, muy peculiar de su espíritu cultivado, ésta de ofrecerse a los demás sin énfasis escandaloso, en una forma de expresión clara y transparente como gota de agua, sin exigir de la atención ajena otra cosa que amor para ser comprendido. Cualidad, seguramente nacida del familiar contacto con la poesía francesa del romanticismo que educó las inclinaciones literarias de todos aquellos muchachos, fundadores de la revista «Letras», melancólicos y bohemios, que, en comparsa revolucionadora del arte, surgieron pregando los nombres consagrados del Pobre Lelián y Verlaine, frente a la intransigencia incomprensiva de nuestro rezagado medio intelectual.

ERNESTO NOBOA, dotado, como pocos, de aquellos dones naturales: talento, hermosura, simpatía, que por sí solos constituyen una promesa de triunfo en la vida, tuvo la idiosincracia lamentable de no saberlos aprovechar. Antes bien, los desperdió prodigamente como un niño que arroja al viento un puñado de monedas áureas en el travieso afán de mirarlas constelando por un corto instante el cielo azul que irradia sobre su cabeza.

La actitud de su espíritu se definió claramente en aquella estrofa suya, de un hondo sentido filosófico, que fue como el augurio funesto de su tragedia moral; y en medio de la bruta realidad circundante, menguado el ánimo para el rudo bregar por la existencia, se recogió en sí mismo, como el caracol en su concha, con la definitiva resolución de «vivir de lo pasado por desprecio al presente». En vano la vida con sus mil solicitudes llamaba a la puerta hermética de su corazón desde el parque vecino donde una juventud alegre y retozona gozaba del aire y de la luz, haciendo vibrar la música de su risa como un campanilleo pascual. Demasiado escéptico para el bien y el amor, él sólo creía en la mendicidad de la dicha; y así, hasta el luminoso júbilo de la mañana le había llegado a ser intolerable, prefiriendo soñar a media luz, con las ventanas entornadas y con los insomnes párpados caídos.

De no haber tenido un sino adverso, época habría sido ésta de que nos diciera su obra en plenitud, sin embargo de que su libro primigenio ya fue magnífica «ofrenda en el altar de la Belleza».

Hoy que espíritus fraternos se hallan empeñados en el noble proyecto de arreglarle una tumba romántica en la propicia soledad del campo para que sea la Meca espiritual de los poetas, los hermosos versos de Valencia sirvan de ilustración a su criterio:

«No manchará su lápida epitafio doliente:
tallad un verso en ella, pagano y decadente,
que llore su caída, que cante su belleza,
que cifre sus ensueños, ¡que diga su tristeza!»

Evocando el Alma del Poeta

PARTIR al fin! Lejos, lejos de este mundo!> suspiraba la musa nostálgica de Ernesto Noboa Caamaño. ¿No fue en él, como en Arturo Borja, como en Medardo Angel Silva, como en otros de esa generación atormentada de loca ansiedad estética y sensual, un recóndito anhelo éste de partir, alejarse, *«perdersse camino de las quimeras»*, enjugar la *«fúrtiva lagrima en las pupilas de la muerte»* que es la vida!... Más dulce de condición que los otros, Noboa Caamaño dejóse ir consumiendo, apagóse lenta, discretamente y, ya sombra de sí mismo, entró en la sombra.

La realidad y la vida no pueden aprehenderla sino las voluntades heroicas. Y estas almas trémulas, de refinada sensibilidad y sensualidad delicuescente, se derriten, como blanda cera, en el deliquio angustioso y mortal. Desearían que la vida fuese perennemente bella y perennemente deleitosa. La ven con el alba celeste de su ilusión. La sienten con el encendimiento de sus sentidos y el fervor de su juventud. La cubren y la visten del esplendor de sus quimeras. Gózanla con frenesí, exprimiéndole sus más escondidos zumos y sus últimos secretos. La cantan extáticos o doloridos, soñándola o sufriendola. Y, al final, caídos en desmayo y desencanto prematuro, sin poder aplacar, en la ubre seca de la existencia natural y prosaica, la urgente sed de placer y poesía, optan por sumergirse, en pos del olvido y la liberación, en las dulzuras aniquiladoras del paraíso artificial.

Pero la vida no sólo es belleza y deleite; inerte y cruda, opaca y fatal exige conquista, gobierno, modelación. No anda el hombre sobre la tierra para encontrar en ella el paraíso hecho y entregarse a su contemplación y goce. Vino a ella para labrarla penosamente y sustentarse de su fruto. Vino para construir, amasando el barro, con el vigor y el impulso de su brazo y el amoroso aliento de su pecho, el modesto hogar de la felicidad. Está allí, para estampar en la dura haz la impronta de su voluntad y pensamiento. Nació siervo de ella, «indigente de todas las cosas», y ha de tornarse, merced a su valentía, genio y altivez, en señor y dominador. La libertad será el galardón, el goce será la recompensa. La belleza de la cúpula, que se lanza gloriosa a los espacios, habrá de coronar y espiritualizar la labor oscura de la piedra tosea del cimiento. Seguro ya el

asiento firme de la roca para reposar el vuelo, la quimera podrá flotar, serena y tranquila, desplegadas las anchas y robustas alas, en las más altas regiones. Y los cielos azules y los jardines floridos y los campos ubérrimos y los palacios suntuosos y las divinas mujeres no habrán de entregar todos sus dones sino al hombre entero y fuerte que supo luchar, que supo amar, que supo vencer. Y la poesía, vida en flor y en fulgor, vida en ideal, acción y expresión, vida en amor y en dolor, vida en luz, armonía y plenitud, será también noble atributo, aureola radiante del espíritu que, como el de Goethe, sazónó, a todo sol y en todas las esferas, su idea y sentimiento y recorrió, íntegra, la curva vital. Llegar erguido hasta el fin es el deber, es el imperativo.

Mas si todo empeño es vano e insuorioso todo esfuerzo, si al cabo de la acción múltiple y la experiencia omnimoda se deja, como Salomón, deslizarse del pensamiento, según el bello decir de Rodó, la gota de amargura que ha de caer, resbalando sobre la frente de los siglos, en el corazón de Rancés, como en la cerviz de Carlos V, como en la copa de Fausto ¡no aciertan de algún modo, no son también héroes en cierto sentido aquellos efebos, amados de los dioses, que intuyen, en visión precoz, la vanidad definitiva y total de la vida y, al contrastar la infinitud de sus ansias y la gloria de sus sueños con la realidad misera y flaca, se apresuran a buscar los senderos de la muerte y el misterio!...

Aciertan, por lo menos, cuando expresan, en lindos y mágicos versos, su mal y su cura. Virtud del arte es ennoblecer y embellecer, depurándolas, toda emoción y toda cosa. Don altísimo y sagrado, el de la palabra y la expresión, que viene a revelar, como la luz, recorriendo el velo de la noche, el ser multiforme y policromo del mundo, que vuelve a crearlo, dándole vida nueva, que lo difunde y lo une y lo concentra y lo enciende en el pensamiento y el corazón de los hombres. Y el poeta, unguido con ese don, en su forma más alta y espiritual, encarna la virtualidad creadora del verbo. Rindásele homenaje de amor y reverencia. Démosle vida íntima y profunda en el fondo religioso y místico del alma.

Veo transparentarse y diluirse en los vasos claros y puleros, en la poesía depurada

y sincera, en el arte esmerado y sobrio de Ernesto Noboa Caamaño, la tragedia interior de su vida.

Musito <Vox Clamans>:

Oígon en la sombra, a veces, una voz que me advierte
Poesía, sobre tu duelo, vénguese ventilar,
deja la flauta débil de tu canción interior,
y alza su himno a la vida, al orgullo, al vigor!

Entonces, en temblante, cual, luminosa teja,
en el cerebro súbito se encienden las ideas
mas, cuando de su foco, como de ardiente pira,

va a levantar sus notas el vigoroso canto,
como una flauta débil el corazón suspira,
y la canción se trunca por un raudal de llanto.

No llora él sólo. La muchedumbre inmensa de los hombres lloran, asimismo, su debilidad. Los varones más fuertes han sentido, en horas trágicas, desfallecerles el ánimo y abrirseles la fuente de las lágrimas. Pero, en esos versos, que tienen quizá un sentido universal, está palpitando la desventura del poeta cuya felicidad se quiebra irónicamente y se deshace en loro cuando quiere entonar, oyendo la voz de la vida y la fuerza, la canción de los vencedores. Sólo suspiros puede exiliar su corazón; sólo modulaciones tiernas da su flauta; sólo raudal de llanto vierten sus ojos. No puede, no le es dado, ahuecar la voz y benciñarla de los tonos vigorosos. Llorra su debilidad, su delicadeza, su impotencia en acentas oídos que nos transmiten fielmente su sentir.

Rezo su <Plegaria>:

Un hombre infante que no saciar me empuja,
una sed que el alma mitigar procura,
¡sin que nada calme sus hambres de consuelo,
sin que nada alivie su sed de ternura!

Señor Poderoso! Tú que eres el dueño
de nuestras fortunas o nuestra ventura,
Tú que consumas tu dulce consuelo
de amor, de esperanza, piedad y dulzura,

Alivia la sequía de mis horas grises,
hazme el don humilde de unos labios suaves,
una mano lejana y una voz tierna!

Estremecido el soneto, como el angustioso ruego que contiene, nos comunica su temblor y con él la desolación del alma que implora el don humilde del amor bueno, del amor suave, del amor triste, el solo amor sabio para acariiciar levemente esa sensibilidad enternecida que sangra a todos los contactos y a todas las influencias, esa cabeza congestionada de fantasía, *«do poeta y de poeta»*. Así debió de ser el poeta en su intimidad. Y su vivir esquivo y misantropico, su vida que *«se desliza delicada, callada, tímida»* acentúa la psicología de sensitiva que queremos atribuirle.

El poeta dirá a su madre:

Para calmar las horas grises
del calvario del corazón
tengo las tristes manos suaves
que se pesan como dos aves
sobre la cruz de mi aflicción.

Y suplicará:

Tú que sabes de aquella piedad que da consuelo
sin ofender, acércate hasta el umbral oscuro
de mi destino, y libérame de todo innoble anhelo,
del pensamiento bajo y el sentimiento impuro!

Bajo la lluvia y grata sombra de tu cariño,
dócil y tembloroso, mi corazón de niño,
inadaptable al mundo, vagará de su herida ...

No me niegues el agua bendita de tu ternura,
si la estrella de Oriente bajo mi noche oscura,
y no me dejes solo a merced de la Vida!

Recrean y conmueven, a un tiempo, esos poemas impregnados de ternura, en que se siente lo inefable, que se titulan *«Brisa de otoño»*, *«Trava de juglar»*, *«Luna de aldeas»*, *«Romanza de otoño»*, *«La sombra de las alas»*; o aquellos cuadros, de descripción precisa, elegante y sobria, que contienen *«Retrato antiguo»*, *«En la tarde de sol»*, *«Romanza de verano»*, *«O. a. v.»*, *«Lobos de mar»*; o el lirismo sutil, que se desvanece, como un suspiro o un sollozo ahogado, de *«Emoción de una flauta en la noche»*, *«Vino galvanizado»*, *«Al oído»*, *«Aya del ocido»*, *«Hantos»*, *«Emoción vespertina»*.

El sentimiento del poeta se componetra con su arte y, así, la forma cristalina deja ver el fondo de su espíritu y de su mal. Allí, en sus rimas, está toda entera la dolencia que le aqueja y que supo encontrar, como diría Guyau, su fórmula y su música. Noboa Caamaño no se quedó en el balbuceo poético como sus compañeros. Su expresión llega, en la mayor parte de sus composiciones, a ser acabada y selecta.

Memorando, en un sólo recuerdo, a esos espíritus gemelos, releo las sentidas estrofas que Noboa Caamaño dedicara a la memoria de Arturo Borja:

Se usaron, nuestras almas cierto día,
al favor de un capicuelo abriello,
por la santa virtud de la Poesía,
en el dolor, la duda y el anhelo.

Justos seguimos la agostada senda
entre sombras y ruidos y aspereza,
y juntos aportamos nuestra ofrenda
de amor, ante el altar de la Belleza.

Solo ha quedado en el sendero, batmano!
abandonando el duro capicuelo,
por desistir el celo de lo arcano,
sentir de infinita y de miseria.

Dolor, sueño y caballar tal le estinguída
flama en que ardía su espíritu sediento,
búrril, sonar, cantar, tal fue su vida,
grita de dolor y grito de sentimiento.

MOMENTO INTIMO

Para la Revista "América"

Acerca tu cabeza,
deja deslizar mis manos
por tus cabellos rubios y sedosos.

Cierra los ojos.....
Esos ojos que en las tardes azules
me miran con piedad.

Tus labios!
Cómo sabe el dolor
endulzar los labios de las personas queridas!
Deja apretarte contra mi corazón.

Sabes?

Evocándote así

creo que te quiero de veras....

Los caprichos más vulgares
suelen hacer mayores traiciones....

Es esta la impresión de un momento?

Será la de siempre?

Qué importa!

La vida no es larga,
ni corta.

Es como es.

Mañana!

Después?

Qué podemos saber de eso!

Un beso,

otro beso

y adiós.

Aida Moreno Lagos

Santiago, Chile

El encanto sugestivo de la flauta *exploratoria* fue letal, en la hora moiceta de la juventud, para estos poetas nuestros que, de la melodía de los versos del Pobre León y de otros vates decadentes, hijos del medio envejecido y corrupto de la Europa, pasaron a buscar el secreto de la belleza y la poesía, teniendo al frente el sol de América y la naturaleza tropical, en *«la agostada senda, entre sombras y viento y asperezas»*. ¡Ah! Esos viejos poetas, que supieron rimar sabiamente, dulcemente, sarcásticamente, el hastío de su espíritu semil y vicioso, sentimental y sensual, marchitaron, con su envenenado halito, el alma fresca, sensitiva y exquisita de estos muchachos desorientados que, en la hora hermosa y peligrosa de la primera juventud, se abandonaron inciertos a la seducción fina y perversa de aquella flauta encantada que se dejaba escuchar en las sombras en-

crucijadas de la noche y el vicio. Pero, al mismo tiempo, embelesándose en ella y aprendiéndole el hechizo, el arte de nuestros trovadores se matizó, se sutilizó, se hizo música, se complicó y enriqueció en el refinado culto de la sensación y la emoción.

El Poeta ha muerto. Sufrió, soñó y cantó. Nos hizo el regalo de su alma dolorida y bella en la envoltura soñada de estrofas leves, puras, estremecidas. Le debemos reconocimiento. Que viva siempre, con vida íntima y profunda, en el recuerdo de quienes, habiendo ansia de poesía, gusten, como nosotros, de aspirarla y recibir su albedión refrigerante en el manantial de sus divinos versos.

José Rafael Bustamante

Quito, Ecuador

DISCURSO

pronunciado por el Sr. Dn. JORGE CARRERA ANDRADE
en el Panteón de El Tejar, ante el cadáver
del Poeta Dn. Ernesto Noboa Caamaño

A hoz de la Intrusa ha segado tempranamente la vida de un Poeta altísimo, con el mismo ademán lamentable con que la hoz agrícola echa al suelo un racimo apretado de uvas temblorosas. Todavía se ve en los labios de la juventud ecuatoriana los rezagos del vino morado que Noboa Caamaño supo exprimir de sus uvas líricas. Vino de dolor éste, que ha hecho suspirar a muchas generaciones con el suspiro ahogado de René, cuya alma sufría del mal del siglo, o sea el hambre de infinito y la sed de lo sublime.

Los últimos destellos del siglo XIX hicieron cantar a los pájaros alucinados del simbolismo francés y se oyó, ante el silencio absorto de la naturaleza, la «Canción de la Torre Más Alta», entonada por Arthur Rimbaud, Ernesto Noboa oyó la maravillosa canción, y su música le quedó para siempre grabada en el alma. Se encerró también en su torre y levantó la valla inabarcable de su desdén, entre su espíritu y la turba municipal y espesa, o sea los bárbaros sin canto. Engranó a su espíritu con las sedas y las piedras preciosas que necesitaba una Infanta de sangre real, prisionera en un castillo que no tenía otras ventanas que los cuadrantes claros de los espejos que le enseñaban las perspectivas inexploradas de lo Desconocido.

No; Ernesto Noboa no ha muerto ayer. Murió hace algún tiempo; ya que últimamente hallábase convertido tan sólo en el ataúd de sí mismo. Desde algunos años atrás, se había impuesto la sagrada tarea de morir un poco cada día, y se acercó al fin de rodillas, con las manos implorantes, a recibir la limosna definitiva de Nuestra Señora de las Supremas Consolaciones. Los roces toscos de la vida cotidiana trizaban su corazón como un vaso de cristal finísimo, y el poeta recurrió a los paraísos artificiales como una defensa, como un medio de acercarse contra las lanzadas del dolor.

Ernesto Noboa se cubrió los ojos con gafas azules para ver el paisaje del mundo. De ahí sus versos, diminutas esferas de cristal de bohemia, en cuyo interior tiembla eternamente una lágrima. En los últimos días de su vida, Noboa ya no quiso ver a nada, ni a nadie, ni siquiera la claridad del cielo que le hacía sentir más la soledad de su espíritu. Se encerró en su casa semi-rural y se acostó en su lecho para no levantarse ya más! Abrió un día la puerta silenciosa de su habitación; anduve sobre la alfombra que ahogaba el

ruido de las pisadas y me acerqué al lecho señorial. Me detuve, inmovilizado por la sorpresa: Entre las sábanas eucarísticas, se incorporaba el Cristo de Velázquez, resurrección. Una barba rubia, partida en dos, colgaba sobre su pecho como una condecoración de oro concedida al poeta por el ministerio del Tiempo. Sobre su frente alta, había una como corona invisible que delataba su condición regia de Emperador de la Tristeza y Duque del Hastío. Extendíome su mano imperial, y quedé para siempre sellado nuestro pacto en el recuerdo. Estoy componiendo un libro, me dijo, que se llamará LA RUECA DE ONFALIA. El poeta no pudo dejarnos el legado de esta obra, porque la muerte le sorprendió contemplando extático la faz compleja de su propia vida, con la misma actitud del Petrarca, que exaló su último suspiro mirando el retrato de la divina Laura. Tanto había pulido su espíritu con el cincel del dolor, tanto habían visto sus ojos hacia la eternidad, había caído tantas veces en la vía con la cruz de su aflicción sobre los hombros, que Noboa Caamaño, en las postrimerías de su existencia, era la resurrección del torturado Cristo de Velázquez. En la Basílica del Arte hay un clamoreo de campanas. El Campanil mayor suena gravemente, como el lloro desesperado de un abuelo que levanta las manos hacia el gran cielo de Dios, con un ademán de imploración suprema. Ha muerto el último romántico! Pero éste sí es el auténtico «Último Romántico», que supo beber humildemente en el vaso inmortal que los escogidos tienen al alcance de sus labios, mientras afuera rueda la ola turbia del trajinar urbano, mezcla del gemir de las carretas industriales y del alarido de los hombres en el combate cerrado de la vida.

La juventud debe escuchar, en silencio, el clamoreo de las campanas de la Alta Basílica. Beba cada uno el pequeño sorbo de una lágrima, más dulce seguramente que el agua salada del odio oficial. Lloremos en Ernesto Noboa a buena parte de la juventud espiritual de este país, que es combatida rudamente por la mediocracia y la tradición. Lloremos a los que tienen el pecado original de haber nacido con talento y sensibilidad sin par, porque a ellos se les negará el pan y el agua, mientras se llama a Monsieur Billete y a Don Nadie a sentarse en el banquete donde humean las sabrosas viandas fiscales. Pero, silencio: «La golondrina canta! El poeta está muerto!»

Ernesto Noboa Caamaño

*¡Que tu sepulcro cubra de flores primavera!
¡Que se humedezca el polvo hacia el día!
De amor, el faso por allí!*

Rubén Darío

GONZALO Zaldumbide, que escribe ahora poco; pero que, cuantas veces escribe, lo hace soberanamente bien, «puso» un sentido y maravilloso prólogo a las «Poesías Escogidas de Medardo Angel Silva». Cortas, breves páginas que al diseñar la silueta del genio poético, muerto en embrión, enfoca ligeramente la época, esa época efímera en que un grupo de muchachos, nacidos con el fatal don de la poesía, sufrieron como sufre todo artista, y refinaron adrede, voluntaria y caprichosamente, esos sufrimientos, con la búsqueda y querida tortura de los paraísos artificiales.

«Entre 1910 a 1915—dice Zaldumbide—iban en la triste Quito, por esas calles que se recuestan y se resbalan seis o siete poetas mozos, contrastando el énfasis de sus melancolías con la suma corrección del traje, y llevando para mayor elegancia, un alma atormentada y falsa. ¿Falsa? Quizá no... Agitábalos líricamente un caos de aspiraciones ético-voluptuosas. Mas un solo anhelo brotaba en ellos como de fuente inexhausta: salir del cerco de montañas, salir de ese rincón del mundo al mundo del arte, de la pasión y la aventura literarias! Recitaban por todas partes como una antífona, un nostálgico soneto del poeta más puro y mejor de entre ellos, del doliente, fino y tan querido Ernesto Noboa Caamaño: el soneto de la partida sin rumbo cierto, del desorbitado afán...»

Zaldumbide habla, no por experiencia personal, sino por referencias de segunda mano; por eso circunscribe a seis o siete poetas mozos esa inquietud espiritual de los años aquellos. No eran únicamente esos muchachos los que sentían la nostalgia de lo desconocido y de lo infinito, era toda la generación de esa época que leía sus versos e iba, guiada por ellos, a buscar tardíamente los líricos franceses y en el gran Rubén la quintaesencia de la poesía, entonces, moderna. Los que éramos en esos años «hombres de un solo libro», aficionados a la letárgica literatura clásica, sentimos un deslumbramiento al recitar esas poesías caprichosas, nuevas, nerviosas, que condensaban una frescura sentimental y una expresión íntima antes no oída, que nos hacían olvidar—y hasta renegar; con perdón lo confesamos!—de las correctas, fetas o rimbombantes composiciones patrióticas y morales de los mejores poetas ecuatorianos que figuraban en la Antología.

Coincidió con esa renovación de la lírica ecuatoriana la transformación política de 1911: un caudillo que caía víctima de sus propias maquinaciones y de su intolerable

abuso: Eloy Alfaro; otro caudillo que traicionaba los ideales de la muchachada desinteresada y patriota que combatió en la prensa y en los campos de Huigra y Yaguachi; el desencanto de la vida pública, compuesta de farsas e inconsecuencias, empujándonos al arte, a la poesía, a ese viaje hacia lo ignoto, como punto final de la sinceridad y del goce estético: todo ello contribuía a propagar, tardíamente, desde luego, en este rincón de los Andes, en la triste y sufrida Quito, en el famoso «mal del siglo», ese tormento espiritual que se renueva cada centuria, que nunca se aquieta, que no hace más que cambiar de nombre y que envenena el alma de las generaciones mozas.

Es verdad! Jóvenes y muchachos todos repetíamos el soneto de Ernesto Noboa Caamaño, que fue el único entre tantos poetas, que dio la expresión humana y fiel de la inquietud que sentíamos:

*Hay tardes en las que uno desearía
embarcarse y partir sin rumbo cierto,
y, silenciosamente, de algún puerto,
irse alejando mientras muera el día...*

No citamos más: cuantas veces leemos y releemos ese soneto, nos invade la nostalgia de lo desconocido, el anhelo del más allá, el instinto viajero que siente todo hombre y que lleva, unas veces, como a Colón, al descubrimiento de mundos nuevos, y otras, a morir en prematura y desventurada tragedia...

Noboa Caamaño, con Arturo Borja, renovó nuestra lírica. Anquilosada y pobre, ella iba muriendo, y, en frase de Núñez de Arce, se parecía a esas doncellas anémicas, muertas a los veinte años, que van camino del cementerio, entre rosas también muertas. Verlaine el «padre y maestro mágico», y Rubén, el cosmopolita, que encendió el espíritu europeo y lo dio a degustar a los americanos, formaron una cohorte de imitadores. El movimiento literario, llamado modernista, decadentista, simbolista, brotando en Francia, como reacción o consecuencia—más bien—necesaria del naturalismo, invadió la América, antes que España; y la América de fines del siglo XIX. No hubo precursores en esos rincones andinos: lo que se dice de José Asunción Silva es una de esas enormes «sandaluzadas», propia de nuestros «simables hermanos del Norte». Al Ecuador llegó el decadentismo cuando ya estaba para desaparecer en España, y cuando ya había muerto en Francia. Pero, como suelen ser más tristes y hondos los crepúsculos, así fue hondo y triste, enormemente triste, esa repercusión

del expirante decadentismo, en el Ecuador. Pocos poetas; — seis o siete, según exagera Zaldumbide — pero con eco fiel, recogieron los hondos dolores de esos dolientes discípulos de Verlaine. Noboa Caamaño, Arturo Borja, Humberto Fierro, Medardo Angel Silva... recogieron los ecos-expirantes del simbolismo, que sufría ya una gran transformación estética y preceptiva. ¡Les acusaremos, levantaremos el velo de secretos dolores, si a algunos de ellos les decimos que buscaron refugio a su voluntaria inquietud en «drogas nepélicas», para usar las palabras de Gonzalo Zaldumbide!

El suicidio, la muerte prematura, el silencio, precursor del olvido, fueron la consecuencia de ese extravío. Tres de ellos han muerto jóvenes. Semejantes a Musset, en edad más temprana, pero mucho más consumidos que él, apuraron en breve tiempo los goces y los dolores de la existencia. Y como Musset, con horror a la edad madura, eternamente jóvenes, eternamente amados, nos dejaron versos que repetiremos siempre porque nos lo sabemos de memoria: Borja, su *Primavera, mística y lunar*; Noboa Caamaño, su *Emoción Vespéral*; Silva, su *Alma en los labios*.

Y Noboa Caamaño ha sido el último — en partir sin rumbo cierto. — Desde hace años había callado para siempre. No estaba satisfecho de su obra. Le quedaba lejana la meta prefijada. Sus esfuerzos, sus esmerados e interrumpidos esfuerzos por acercarse a ella le infundían más hondamente el sentimiento de la impotencia humana. No le quedaba más que morir; pero morir joven sin el tormento de la edad madura, ni de la prosaica vejez, como han muerto Keats, Shelley, como murió Meleagro, como han muerto los amados por los dioses.

Descontentos de estos rasgos, trazados a vuela pluma, precisamente porque hablamos querido poner más empeño en ellos, repetimos íntegro el responso de Rubén a Verlaine, porque es así grande, para nosotros, el poeta que hemos perdido:

Que el fúnebre viento visite Pan lacrimas,
que de cinguladas rosas el fresco abril se adorne
y de clavos de rubí.

Que si postume intenta sobre tu tumba el cuervo
aliviar la negrura del pájaro pensoso
el dulce canto de cristal,
que Filomena vierta sobre tus tristes huesos
o la armonía dulce de risas y de besos
de culto cántico y florental.

Que púberes canólicas te crenchen el acanto;
que sobre tu sepulcro no se derrame el llanto,
sino rocío, vino, miel.

XXX. Comercio. — *Quito*

HA muerto un poeta. Alto poeta de la elegía popular y de la canción bohemia, cuyo nombre revoloteó como una mariposa en los labios de todos. La guitarra farandulera se ha empolvado con la

muerte del artífice y sensitivo. Porque Ernesto Noboa Caamaño se perteneció a una juventud ebria de juventud. Se perteneció además a una mayoría de admiradores que contemplaban en él, al cantor múltinime y fácil, que nació con la palabra del ruiseñor en la garganta. Espontáneo, rico de emoción, fluido, el surtidor de su canto derrochó los mejores diamantes. La «pena» maldita lo mató y supo destilar sus aspides en el alma de sus lectores. Su pesimismo viene, no obstante, con una indumentaria de brocados y terciopelos santuosos. El poeta es aristócrata, por temperamento. Popular, por obra.

En ningún poeta cabe mejor que en Noboa Caamaño, apreciar esta dualidad del temperamento y de la obra, divorciados extrañamente. Mientras su temperamento bebía las linfas de un exquisito simbolismo y le hacía rezar amorosas jaculatorias: «... Samain, Laforge y Poe — y sobre todo mi Verlaine —», su obra es el tesoro que se dilapida — sin nunca agotarse — entre los innumerables amantes de su arte. Un arte sencillo, democrata y plañidero. Arte de nomenclógico que dice todo lo que siente, con un énfasis aflictivo. Esa sinceridad era su proa. ¡Y no debe ser ella el atributo primero del artista!

Noboa Caamaño es un innovador. Forma parte de un cenáculo perfumado, en donde los espíritus dilectos se inclinan palidamente a empapar los labios en los vinos emponzoñados y fatales. Vinos de la elegancia, del desdén, del dandysmo. Arturo Borja es su alma gemela. Alma gemela que había de precederle en la partida irremediable, con cinco lustros de anticipación.

En ese invernadero de luz tibia, la orquídea de su temperamento, levantó sus sedas imperiales, mientras su polen de oro era diluido por los alegres parroquianos en la cerveza rubia y amado por la muchacha sensiblera que repite: «Hay tardes en las que uno desearía...»

El que escanció en las copas verbenianas, el que fumó el humo azul y denso del opio, el que amó al estupefaciente con la pasión de un crucificado, era el emperador de la turba, por una rara antítesis. Demostración de esa diferencia que anotábamos entre su temperamento y su obra.

No aspiró Noboa Caamaño a que los laureles le coronaran su amplia y hermosa frente. Odiaba el rastacuerismo de los hridas coronados y de las jerarquías en el arte. Pero sin embargo, si se preguntara plebiscitariamente al pueblo: ¿cuál es el poeta ecuatoriano que más te gusta?, respondiera movido como por un resorte misterioso: — Él.

El, Ernesto Noboa Caamaño. Lo que no eleva, ni exalta a su arte. La sensibilidad estética de la mayoría social, no es la mejor,

ni la más apta, para seguir el ritmo y la pulsación sutilísima de la creación artística. Apreciará con seguridad cuál es el mejor poño de una localidad o quizás cuál es la mujer más opulenta de una urbe, pero no nos dará más que juicios flojos y mendicantes sobre el fenómeno del arte.

No nos quisiéramos referir, por lo mismo, a esa voz tonante de esa mayoría, para juzgar a Ernesto Noboa Caamaño.

Ernesto Noboa logró condensar su obra en forma de libro. «La Romanza de las Horas» fue esa colección. Ahí, podremos distinguir el berilo, de la piedra falsa; la voz pura, de la simple imploración que se vulgarizará como por obra de encanto y que por muchos infelices «nobos» será hasta apreciada como el canafo lírico del orífice más aristócrata.

La muerte de Noboa Caamaño y el respeto de su nombre, nos impiden expresar el juro de nuestra crítica. Noboa Caamaño batió alas ya hacia su eternidad. Y no vamos nosotros a enturbiar las primicias de ella, con nuestra imprecación filisten. La quiza-ra y la mansedumbre del poeta, han redimido al hombre.

«El Día» - Julio

QUE Ernesto Noboa y Caamaño ha emprendido ahora! No es cierto. El se alejó hace ya mucho tiempo.

El se alejó, hace ya mucho tiempo, en el trasatlántico madreperlado de su Quimera. La tarde aquella en que el muriente oro solar de su primer crepúsculo evanescente, le sorprendió vacío, neumático, nihilizado, él comenzó por alejarse definitivamente. . . .

Ernesto Noboa Caamaño, el asceta exquisito y formidable, el ensafado príncipe, domador de todas las altiplanicies supremas, buronesador selvático, peregrino de albiazules estepas, emprendió entonces . . . no ahora.

Se fué alejando definitivamente, mientras la Gloria, desnuda y tentadora, le enseñaba arduo lauro y la falsa coronación.

Mientras la Gloria, desde la frágil piragua a la que él puso desdenosamente el encantador velamen rosa de su nonchalance, le gritaba, y le gritaba en celo:

Porque la tarde aquella en que mademoiselle Pravaszi, rubia y lánguida, acercó hasta el borde de su abismo interior la catarata inhibitoria de sus encantos y sus filtros, la vida le despidió obcecadamente, como una gitarra ofendida a la que descubriéramos la roña.

Y, por fin, ha perdido la costa.

Se dijo que él no volvería (no volverá nunca).

Salió a caza del sol y nubes, el vértigo del ausentarse, lo lanzó por la tangente de la comba inmensidad, hasta rasgar los senos del firmamento.

Ha perdido la costa.

Hubrá llegado a Citeres.

O acaso está perseguido aún por el hechizo de Anadyomena.

O descansa entre palmares vespertinos; a solas con su «Yo» estrambótico.

O bien, se ha perdido definitivamente con su fantástica embarración en los inmensos canales sílficos, entre constelación y constelación.

Noboa Caamaño se alejó ayer. Ahora, acaso se esfuma, quizá se volatiliza. Porque en la tarde aquella en que la vida le despidió obcecadamente, el muriente oro solar de su primer crepúsculo evanescente le sorprendió vacío, neumático, nihilizado. . . .

«El Mesencor» - Cuervo

EN ESTE instante llega la súbita chispa: ha muerto Ernesto Noboa Caamaño.

Poeta de verdad, únicamente poeta, logró concentrar la función de su espíritu para la cristalización inspiradora. Su obra muestra profundo estudio de las formas tradicionales, para selección de las más exquisitas; el vino nuevo en las ánforas antiguas.

La sentimentalidad honda, el ritmo paralelo a esa sentimentalidad y el doloroso gesto de desdén ante el desastre de la vida: eso aparece en los poemas cortos de Noboa Caamaño, con intensidad de una locura pasional e inconsciente.

La anormalidad en el arte resulta muy común desde la tragedia griega hasta los dramas de Maeterlinck. Los artistas encuentran en las desviaciones y en las curvas de la existencia, encantos y atrevimientos que se traducen en la musicalidad morbosa y doliente de las estrofas, en los motivos de Chopin o de Shuman y en los diálogos de la escultura de Rodin o de la Pintura impresionista.

Todos saben que Noboa Caamaño, como Arturo Borja, era un poeta de excepción, un proscrito, que no se conformaba con la vida corriente y se procuró el esdén artificial de la bohemia.

No se dará solución al problema de si, en una existencia normal, hubiese sido Noboa Caamaño tan poeta como lo fue al margen de la locura, si tal poesía llamarse la hiperestesia de arte que padecía aquel hombre triste, hermético y refinado, sutilmente nervioso, como insecto de alas electrizadas por la luz.

Largo silencio ha precedido a la muerte del poeta. Quizás ésta, que en veces es una revelación, nos traiga las últimas querellas de introspección, de desgarradora intimidad del artista solitario.

De su vida simple y sencilla no queda sino la poesía. Así es la gloria. . . un martirio para lograrla.

Remigio Crespo Toral

Y ASI fué: -- Sabía yo de sus dolores físicos, de sus angustias morales, de los últimos fulgores intermitentes de su alma que se quemaba como mirra dentro de frágil vaso; y, sin embargo, la muerte de este amigo queridísimo, que fue un poeta de verbo fresco, dulce y hechicero como la esperanza, de sonos límpidos como el chorro castaño, de hondo sentimiento humano como un gemido del arpa de oro de Sully Prudhomme, todavía me parece una triste ilusión de mis sentidos, un imposible dentro de las instabilidades reales de la vida, en cuya *selva oscura* fue Noboa Caamaño un ruseñor exquisito, cuyo trino deleitoso, sin acometer notas agudas o violentas, se hizo escuchar entre el gorgojo infatigable de voces sin encanto, de corazones sin emoción comunicativa.

Ernesto, como le llamábamos quienes le amábamos todavía por sus altas dotes de vato y de *vis bonus*, prefirió a las sonoridades y resplandores de la existencia calibanesca que mariposea dentro de un *franc* por los salones, la *aurca mediocidad* que tanto placía al fírico de Venuso. Un espíritu suave y expansivo, una inteligencia amplia y serena como el cielo de la tarde mística que evoca su ya popular soneto, un pecho que fue caja de músicas afectivas unciosas, ricas, sencillas hasta la extrema bondad del *poverello* de Asís; todo esto había en el estuche delicado, de donde la mano implacable del Angel de la Muerte acaba de sacar la joya de luces divinas... A tan hermosas prendas había que añadir un amable sensualismo del dolor, el tedio propio de toda criatura bien nacida, que se transparentaba en sus ojos tristes y nostálgicos y en la aflictiva inclinación de su cabeza.

Del talento de Noboa Caamaño, de su saber, de sus virtudes varoniles, de su sinceridad honda y clara como un lago sobre el que no sopló nunca la brisa de la envidia, de su amor por la patria que él quería grande de verdad, ilustrada y fuerte a toda prueba, de su veneración por los maestros y de su afectuosa lealtad con los amigos, *se habló siempre pero en voz baja*; de sus errores, polvo del camino que sacuden las alas para volar; de los defectos, que es lo humano, lo efímero, lo de *tierra baja*, de esto, si no hay, ya habrá quienes lo publiquen en miserable bando difamatorio.

Hermano muy amado: ojalá que al resolver la eterna duda del monólogo shakesperiano que fue muchas veces tema de nuestras conversaciones en inolvidables y penosas veladas, hayas encontrado, al fin, vida exenta de dolores inconfesables, de aspiraciones insa-

tisfechas, de tinieblas que llevan a golpes de caída y cicatrices de suplicio... Ojalá, Ernesto, que en vez de la corona de espinas del poeta, sientas en la frente el tibio beso del halo glorioso; y que, como lo querías en la tierra, tengas la celestial limosna de "unas manos buenas y unos ojos tristes."

F. J. Palquez Ampuero

HA MUERTO el poeta Ernesto Noboa Caamaño... Esta noticia, cuatro letras de información pura y dolorosa, intercalada en el bloque de cotidianidades que el telégrafo trasmite a la prensa. Había ido a ella, primero que a otra, derechamente, empujado por el corazón; una congoja hecha estremecimiento floreció en los labios, oración desconsolada; los poetas se van... los poetas se van...!

Al fin dejaste de arrastrar tu vida lamentable. Esta queja, exhalada por el Poeta, a la muerte del Pobre Lelián, me ha subido temblando todas estas horas, y he tenido un deseo de hincar la rodilla indiferente, de rezar por tí, poeta doloroso. Ha muchos años que vivo triste, ha muchos años que estoy enfermo, y es por el libro que tú escribiste, me prende la amargura, con sus ojos negros, Amado Nervo...

No sé por qué quiero sólo acordarme de toda frase pura, de todo retorcimiento lírico, que escapó, --grito enterrado vivo-- del alma de los poetas, como tú, como yo.

Envolvámsle en la seda de la voz muda. No le hagamos ruido con las palabras. Fue un enamorado del silencio: por la escala del silencio ascendió su verso y su martirio.

Fue gran desdichado porque fue poeta. No fue poeta porque fue desdichado.

Ernesto Noboa trajo el tatuaje de los máximos infortunados, y esa es su gloria.

Quede para la hora de la tregua a este largo sollozo, cuyo pretexto es la muerte, --la cual es grande porque sabe darnos el confortamiento del dolor, --el estudio de su personalidad en el arte y en la historia de las letras nacionales.

... Ernesto Noboa Caamaño ha muerto. Recemos por él. Recemos oración hecha con los suspiros que arrancaron sus poemas, con el temblor de las manos que sostuvieron sus libros, con la lumbre de las lágrimas que mojaron los ojos, sus versos, en las viglias del corazón.

Ernesto Noboa ha muerto: recemos por él.

Juan de Tga

POESIAS DE ERNESTO NOBOA CAAMAÑO

De "Romanza de las Horas"

Emoción de una flauta en la noche

Una flauta solloza en la dormida
soledad de la noche silenciosa,
una flauta perdida,
misteriosa
y doliente,
cuya voz aterida
viene como una blanca mariposa,
y se posa
en mi herida
dulcemente. . . .

Vaga y desgarradora
melodía,
la que la flauta llora
en la noche sombría!

Ave ciega y oscura
del Sentimiento
que inspirastes el grito de ternura
que hasta mi corazón llega en el viento,
murmura
tus trémulas escalas
de secreta amargura
y pliega la fatiga de tus alas
sobre mi desventura.

Suene tu ritmo cadencioso y flébil
en la noche serena;
mi alma es también como una flauta débil
que gusta del amparo de la noche
para hacer el derroche
de su pena

La flauta melodiosa
sigue tañendo lánguida su queja,
y se aleja . . . se aleje . . .
en la noche dormida y silenciosa. . . .

Anhelo*Espero a mi esposa cerca de él sol.*

Verlaine

Oh dolor insondable, desolada amargura
de no hallar en la senda ni la flor de un cariño,
y sentirse, al comienzo de la jornada dura,
con cerebro de viejo y corazón de niño!

Y que nuestra esperanza haya sido vencida
por la implacable hostilidad del cielo!
Y el dolor de sentirse cobarde ante la vida,
y la renunciación de todo noble anhelo....!

Oh bienaventurados, en verdad, los que ignoran;
y si es de reír, reír, y si es de llorar, llorar
con la simplicidad de su santa ignorancia!

Sólo anhelo ser simple en mis dichas y males,
y vivir la tristeza de los días iguales,
como si el alma hubiera retornado a la infancia!

Al oído

¡Cuéntame la historia que amargó tu vida,
cuéntame qué embate del Dolor sufriste,
que tu faz ha vuelto mustia y dolorida
y hace tu mirada tan vaga y tan triste!

Quiero que abandones tus exangües manos
en mis manos ávidas de consolaciones,
y abramos la puerta de nuestros arcanos
para oír qué dicen nuestros corazones.

Las horas pasemos rimando esas hondas
semioscuridades de nuestros destinos,
mientras besa el viento tus guedejas blondas
y copian mis ojos tus ojos divinos.

Y al morir la tarde, mientras las pavezas
de la roja hoguera del sol contemplemos,
tal vez se confundan nuestras dos tristezas...
quizá nos amemos... quizá nos amemos!

Bíblica

Tenía tu exangüe y fino rostro de nazarena
el inefable hechizo de una visión lejana;
tenías los rizos blondos de María Magdalena
y la voz armoniosa de la Samaritana.

Eran tus senos núbiles dos rosas de Ecbatana,
 fluía de tí un aroma de nardo y de verbena,
 e incendiaba amapolas el sol de la mañana
 en el trigal maduro de tu carne morena.

Yo fui hacia tí sediento de fe, de amor, de calma;
 con óleo de tus besos mis heridas ungiste
 y refresqué mis labios en el Jordán de tu alma.

Brillaron en mi noche tus grandes ojos vagos
 y fue esa luz de ensueño, para mi vida triste
 lo que la blanca estrella para los Reyes Magos....

Hasfio

Vivir de lo pasado por desprecio al presente,
 mirar hacia el futuro con un hondo terror,
 sentirse envenenado, sentirse indiferente
 ante el mal de la vida y ante el bien del amor.

Ir haciendo camino sobre un yermo de abrojos
 mordidos por el áspid de la desilusión,
 con la sed en los labios, la fatiga en los ojos,
 y una espina dorada dentro del corazón.

Y por calmar el peso de esta existencia extraña,
 buscando en el olvido consolución final,
 aturdirse, embriagarse con inaudita saña,

con ardor invencible, con ceguera fatal,
 bebiendo las piedades del dorado champaña
 y aspirando el veneno de las *flores del mal*.

Vox clamans

Oigo en la sombra, a veces, una voz que me advierte:
 Poeta, sobre tus ruinas, hiérguete vencedor:
 deja la flauta débil de tu canción inerte,
 y alza el himno a la vida, al orgullo, al vigor.!

Acalla tu secreto, sé fuerte con la muerte.
 Y oigo otra voz que clama: fuerte como el amor.
 (En mi conciencia íntima no sé cuál es más fuerte,
 si el gesto que da vida o el gesto destructor).

De súbito, en tumulto, cual luminosas teas,
 en el cerebro atónito se encienden las ideas,
 mas, cuando de su foco, como de ardiente pira,

va a levantar las notas del vigoroso canto,
 como una flauta débil el corazón suspira,
 y la canción se trueca por un raudal de llanto.

“Gravis dum suavis”

¡Tú que tienes la gracia de ennoblecerlo todo
 con el suave milagro de tus débiles manos,
 y hacer brotar la rosa sobre el yermo y el lodo,
 y conviertes en gozos los dolores humanos;

Tú que sabes de aquella piedad que da el consuelo
 sin ofender, acércate hasta el umbral oscuro
 de mi destino, y líbrame de todo innoble anhelo,
 del pensamiento bajo y el sentimiento impuro!

Bajo la tibia y grata sombra de tu cariño,
 ávido y tembloroso, mi corazón de niño,
 inadaptable al mundo, curará de su herida . . .

No me niegues el agua lustral de tu ternura,
 sé la estrella de Oriente bajo mi noche oscura,
 y no me dejes solo a merced de la Vida!

Ofrenda

¡Toma mi corazón, Jesús crucificado,
 que también ha tenido su Calvario y Tabor;
 acércalo a tu pecho, divino y lacerado,
 sobre tu mano, pálida magnolia de dolor.

Mostrando en carne viva las llagas del pecado,
 se abre a tus pies, sangrando como una roja flor;
 ¡concédele la gracia del perdón anhelado,
 puesto que Tú perdonas los pecados de amor!

¡Perdón para mi culpa, perdón para el olvido
 en que hace tiempo, Señor, yo te he tenido,
 y vuelve a mí tus ojos de bondad, que la Fe,

como Bella Durmiente del Bosque de mi alma,
 sólo espera tu acento de dulzura y de calma
 que murmure piadoso su «¡despiértate y créel»

Enrique Gómez Carrillo

El 29 de Noviembre de 1927 falleció, en su muy amada ciudad de París, este ilustre narrador de cosas fáciles y humanas que siguen el devenir del mundo. Espíritu inquieto, atormentado por la curiosidad de los seres y los acontecimientos, recorrió el planeta, llevando, con su inagotable lápiz de cronista moderno, repleta su cosmopolita cartera de apuntes minuciosos y exóticas, que daban a sus crónicas el sabor de lo interesante. Su lenguaje, de inimitable pateridad, hizo correr a raudales las claras linfas del idioma castellano. Prosa espontánea, armoniosa, natural, no conoció amaneramientos, retorcimientos ni caprichos. Su estilo incuestionable propagó las excelencias de la lengua española, sin recurrir a rarezas ni recondimientos. Se produjo siempre con amabilidad y corrección, en una charla genuinamente castiza y elegante por su sencillez. En la vasta visión del mundo, tuvo la habilidad de hacer intervenir a los protagonistas más famosos, de manera que el diálogo era siempre aligerado, lido y sugestivo.

El insigne periodista guatemalteco ha interrumpido su viaje en la ciudad luminosa y querida, que le dió tema para múltiples libros. Víctima de la arteriosclerosis ha caído en hora viril, cuando su labor era inextinguible y universal, con vigor para muchos años de augusta senectud.

Una de sus últimas crónicas, la que se refiere al monumento que Francia levantará a la aldeana que inventó un queso, es encantadora, como todas las suyas.

Asunto por naturaleza prosaico lo vuelve poético, justiciero y humano, sin valerse de términos esquipedales ni retoques almidarados. Dignifica cálidamente a la campesina que en 1791 inventó el sabroso queso Camembert. Juana Hurel une, a la glorificación francesa, este poema ingenioso y fluido de Gómez Carrillo. "Porque el homenaje a la mujer genial, decía, que supo crear una crema digna de despertar el lirismo de Brillat-Savarin, no es sino uno entre muchos otros de la misma índole. Antes sin que nadie se hubiera mostrado "epate" de tales fiestas, habíamos asistido, en estos últimos años, a la apoteosis del buen frasco que des-

cubrió el vino de champaña, y a la del ingenioso burgués de Estrasburgo que combió el "froie-gras", y al del rey de los cocineros clásicos. ¿Por qué razón, después de haber evocado con seriedad lo que esos hombres nos han dado de voluptuosos delicates, hemos de reír ahora? ¿Es acaso, que un buen queso no tiene tanto derecho como un plato de trufas y una copa de vino espumoso a que se le rindan homenajes? Un viejo proverbio picardo asegura que "una comida sin queso es como un lindo rostro al cual le faltase un ojo".

Desde que empezó a escribir, dando a los literatos jóvenes y de regocijado vagar, uno de sus primeros manjares, el de una novellita corta «La Bohemia Sentimental», a lo Enrique Mürger, su pluma de interminable fuente, cual la de un estilógrafo maravilloso, ha dibujado graciosamente una treintena de volúmenes que encierran el kaleidoscopio de millares de noticias de los principales puntos del orbe, evocaciones de seductores países y de singulares personajes.

El mismo, como en otro tiempo su camarada Rubén Darío, ha relatado su vida, enmarcándola en una época que abraza treinta abríles floridos y fecundos, en plena bohemia, desde cuando despertó su alma a la remembranza de todo: arte y dolor, esperanza y desencanto, actividad y muerte, amor y placer, sociado, vacilación y aventura. Sombras queridas, gratas a su corazón, como la de la célebre artista Raquel Meller, se esfuman por la pantalla de sus sueños, que fueron en pos de perdurable estela, cual la de la inmarchitable raza helénica que él admiró, diciendo, en oraciones exquisitas, sus costumbres, su elegancia ática, su robustez, su juventud eterna.

Dicen que la crónica es palpitante género literario de efímera existencia. Se lo devara en el minuto para arrojarlo al canasto del olvido, como si el papel flamante envejeciese al punto, después de que la crónica desfiló por los ávidos ojos. Con todo, libros de Gómez Carrillo que serán consultados como prueba del abrumador devenir del siglo, del imperio de la moda, del gusto que reinó en tal período. También cuando vayamos en pos de la célebre impresión de un horru-

te lejano, abriremos las crónicas de viaje del ilustre trotador del globo. Y allí desfilarán las siluetas japonesas, inundadas de poesía, con sus heroísmos y cuadros galantes, con la frecuencia de los suicidios y el harakiri, sin que ni religión ni familia sean capaces de detener la mano del que *debe* poner fin a sus días; allí aparecerá la sonrisa de la Esfinge, descubriéndonos sus arcanos, el Egipto milenario, las tumbas de los faraones y las pirámides gigantes; allí asistiremos a la eterna juventud de Grecia, con sus mujeres de Atenas; allí corremos tras el encanto de Buenos Aires, la cosmópolis moderna; allí peregrinaremos por Jerusalén y la Tierra Santa, subiendo al Líbano, contemplando las ondas del Tiberiades, ambulando por Damasco, Nazaret, Jericó y Belén y aspirando a la cima del Tabor. La vida errante se apoderará de nosotros, acrecentando la sed de infinitas excursiones. No perdonaremos ni los campos de batalla, ni la visita a los ascetas y ermitaños que con místico egoísmo cultivaron en su huerto interior las flores de la penitencia. En medio de todo, aparecerá el pensamiento literario de Europa. La frivolidad levantará su trono para colocar en él a la reina Moda y a sus pies a Pierrot. Las mujeres tendrán su libro, como lo hallarán a la mano los aficionados a los estudios cosmopolitas, a las literaturas exóticas y a las novelas que no se ciñen a la moral convencional.

El exquisito Gómez Carrillo, en «El primer Libro de las Crónicas» que puso bajo los auspicios de Diego Molinari, «entel excelsitudinador de almas remotas», habla, en lenguaje fluido, inconfundible, con la tersura que acostumbra, de la psicología de los que del hogar se ausentan para ir por otros cielos, empolvada la sandalia y roto el báculo de peregrino, en busca de corazones, en pos de lo sensacional y desconocido. Enamorado de todos los santuarios en los que se vierte el espíritu como vino generoso que inspira los donaires y da alas al pensamiento, nos conduce de la mano a los cafes literarios, a la charla delirante y la música del verso. Las sorpresas que sabe proporcionarnos están siempre matizadas de novedad. Así, entre muchísimas, la narración de la leyenda de la dulce Thais debida al artista Alberto Gayet. En el reinado de la hermosura multiforme describe, con afecto de crítico galante, los dibujos de Chéret, sus adorables figuras femeninas, aquellos «frescos diminutos o bocetos para frescos, en los cuales las más deliciosas mujeres del mundo sonríen».

Prosador espontáneo, ligero, comprensible para los lectores de las más encontradas

condiciones, acertó a vencer en el arte de trabajar la prosa y de las dificultades de su *caschacauciento*, según las confesiones de Camilo Leconte.

Para Gómez Carrillo la eterna bohemia que le sedujo desde muy temprano y que tanto invade, no era la arcaica y repugnante, desarrapada y mal oliente, con deformidades de alma y cuerpo, la que corrompe los caracteres y arruina a los jóvenes viciosos. Para describir la nueva y simpática, se acuerda de Rodó. No consiste la de ahora, dice, en «llevar camisas mugrientas, ni sombreros viejos ni pantalones raídos». Pésima educación que cae en las garras de la crápula y la trampa no es bohemia generosa, henchida de abnegación y alimentada por nobles ideales.

Gustó de las emociones y adelantos del teatro. Se fue, con ingrátida fotografía, a sorprender almas entre hostidores; siguió el vuelo de las bailarinas, y en los escenarios se codeó con autores y actores.

Quizá no quede un solo periódico de la raza latina, preferentemente los en lengua castellana, libre de haber reproducido algún artículo de Gómez Carrillo, que tocaba, día a día, las múltiples oleadas del océano humano, desde la superficie.

Sobre escribir en «El Liberal» con predilección, colaboró en periódicos franceses y españoles, y personalmente fundó algunas revistas, de corte magnífico.

De sus variados libros, uno dedicó al compatriota su protector que tan largos años pesó en la conciencia de Guatemala. «El Alma Japonesa» lleva al frente el nombre de Estrada Cabrera, «que ha sabido hacer del culto de la enseñanza popular una religión moderna». Sin duda se acordó de los famosos templos de Minerva que el Presidente centroamericano levantó en su patria.

Nunca fatigó, lo que pone de relieve el precepto prodigioso de la difícil facilidad. Lo mismo al pintarnos los extraños jardines en que se abren los crisantemos como al plantear el problema religioso japonés y su espíritu de sacrificio, o cualquier lejana preocupación moderna, la magia de su estilo conquistó prócelitos.

Formidable cazador de sucesos, como buen cronista, se entretuvo en la tersa linfa, su arriesgarse por bonduras escabrosas. Mariposeante, alado, de fina elegancia, pasó su chambergo de síroso paladio por palacios y húmedas moradas, por academias y cabarets.

En el «Segundo Libro» de sus crónicas, «Hombres y Superhombres», nos transmite, como en otro tiempo el poeta que admiró la sombra casi vaporosa de León XIII, la emoción con que acudió a besar, a los cuarenta

AL ALIGHIERI

Dedido para Jorge Carrera Andrade, uno de los poetas que enojan hoy las letras hispanoamericanas.

¡Dante! Tú hallas que la Selva Oscura
no ofrece a tu visión ningún camino
y tu trémula planta va insegura,
igual que un extraviado peregrino.

¡Dante genial! es otro mi destino
porque he encontrado entre la Vida impura
una lámpara interna de Aladino
que señala el camino en la Espesura.

Está aquí, en mi interior, siempre encendida;
si para otros aun está escondida,
hasta una llave que lo torne cierta.

pues si el hombre es la misma Selva Oscura
busque en su corazón la lumbre pura
y llegará hasta Dios por esa puerta!

Rogelio Sotela

San José de Costa Rica, 1926.

años de edad, la mano alba y papal de Benedicto XV. Cree su fervor, como ante los bélicos clarines, al presentarnos el desfile de los héroes de la tragedia europea, como Joffre, Foch, Kitchener, etc. Más de una ocasión recordó su vieja amistad con Rubén Darío, perdonándole sus inconsecuencias. Cuando convalecía de su neurastenia de dipsómano, fue a verle a Palma, como un hermano que se acerca al enfermo incorregible.

Le fueron familiares la mayor parte de las celebridades contemporáneas en el campo de las letras, como Anatolio France, Maeterlinck, Moreas, Mauricio Barres, Enrique Baillaud, Catulo Mendes, Huysman que arrepentido entró a un convento, y cien más. En su «Tercer Libro de las Crónicas» pasa revista a los poetas simbolistas. Camina, al través de las dos antologías formadas de Enrique Barbusse a Carlos Van Leberghe.

En el «Cuarto Libro de las Crónicas» ensaya hábilmente la psicología de los principales cultos profanos, como el de la energía, la fuerza, la devoción a Esculapio, el amor a

la personalidad, la posesión de la toga, la pasión del hombre maduro, la manía de la «interview».

Abre, con firme mano, las puertas bronceadas del alcázar donde offician sacerdotes seculares, el amor y el miedo, para descubrirnos sus secretos, como en otra época los misterios de Eleusis y los del santuario de Epidauro.

Fino observador, que no nació para el aburrimiento ni el cansancio, nos revela, sin ambages, la influencia de las novelas policíacas que enferman a los impresionables y son pésima escuela de propaganda antisocial, como el cinematógrafo que multiplica crímenes y vices de ladrones, sembrando el mal ejemplo.

Ha entrado en la inmortalidad Gómez Carrillo, sin avanzar a la senectud veneranda. El periodista no debería ir a parar ante su tumba con el fervor que él, atravesando el mar de la Odisea, dijo su oración de belleza en el Acrópolis.

Alejandro Andrade Coello

Quito, Ecuador

UN GRAN LIRICO ECUATORIANO; AUGUSTO ARIAS

Para la Revista "América"

AUGUSTO ARIAS conocido en el Ecuador, su patria y en América por varios libros de versos, llega hoy hasta nosotros con un nuevo tomo, «El Corazón de Eva», enfermo de rimas y de sueños. Inquieto, sutil, musical y melancólico agrega un pesar más a la angustia del ambiente, dando a sus versos ese temblor exquisito, esas sacudidas que provocan la pasión, el amor o el fracaso. Todo ese mundo mudo y misterioso, subconsciente y trascendental que llevamos en lo hondo sale a flor de alma, es la verdad vieja de que habla Goethe, triunfadora en su verbo, única para convertirse sonoramente, las viejas ideas que no se olvidan, que han creado sus células, dejando en la conciencia su marca para siempre.

*Los trenes cotidianos que humean a distancia,
nos traen algo nuevo de la amada lejana!
No. Todo es como ayer. Es sólo la fragancia
del jardín ilusorio que alegra la mañana.*

Su alma al chocar con las cosas, no se transforma interiormente, sino que a pesar de los cambios de las relaciones exteriores conserva su carácter primitivo. Su modo de ser pone al movimiento un límite fijo librándolo así de impulsos tempestuosos; dentro de su constante actividad, su vida no tiene grandes conmociones ni rompimientos bruscos, ni renovaciones completas. A través de los cambios perdura algo, la misma duda no destruye esta base de su espíritu. Mas detrás de la naturaleza del individuo está en Arias la naturaleza del todo, la cual ha de determinar especialmente el carácter de la vida humana. Pero la gran naturaleza no es, ante todo, una mera coexistencia desintegrada, sino un todo interior que, como un organismo invisible, abarca y anima toda la complejidad del mundo visible. Esto eleva a una divinidad universal, comprendiendo a lo divino no tanto en contradicción como en estrecha unión con el mundo. Con ello se justifica y refuerza el amor apasionado de Arias por todo lo viviente, pues la presencia fatua de la fuerza divina hace encontrar algo valioso e imperdible en el núcleo de to-

das las cosas, y su apreciación no puede destruirse por toda la miseria y toda la culpa de la vida.

*Llama al final de fiesta la campana llorosa.
Ayer hubo alegría y no es la vida real!*

Ninguna contradicción es tan importante para Arias y ninguna armonía tan fecunda como la de lo interno y lo externo. Uno y otro se apoyan mutuamente; lo interno sólo se encuentra y toma forma en el exterior; lo externo a su vez descubre su ser en la apropiación espiritual; sólo su relación crea un producto viviente, una grandiosa variedad y una vivificación encantadora. Esta vivificación interior de la realidad no deja separación alguna entre el hombre y el mundo, por el contrario en ella se descubre la última profundidad; en esa síntesis del espíritu y el mundo «queda, como dijo no sé quien, la seguridad más feliz de la armonía eterna de la existencia.»

Este hijo de Ambato, trabaja sobre la realidad del ambiente, relacionando sus sentires con éste, llegando a extremos de verdad y de emoción difíciles de superar. Pero esta objetividad no es una mera copia de una cosa situada en el exterior, sino que el modelo se coloca en el terreno espiritual, adquiere una vida interior y puede exteriorizar con esta animación todo su ser y obrar de este modo sobre sí mismo. Arias hace hablar como encantador que vaga por la naturaleza, a los seres que de otro modo seguirían mudos; se le abre toda la riqueza del mundo y así canta motivos exteriores a sí mismo, elementos de leyendas polvorizadas que bailan en el humo de la vida:

*Pasad. Mañé mis guardias abrir las puertas rudas
de mi feudal castillo, por dar paso a tu grey...
Si como a un viejo príncipe de versos me saludas,
es justo que te enseñe mis bondades de Rey.*

Otras veces subjetivo y doloroso interpreta todos los signos de la vida; entonces es la cruz su guía y el camino más importante el dolor, el vencerse constantemente hasta negarse por completo, el pensar continuamente en la muerte. Pero estos sentimien-

*¡Un nuevo
producto Bayer!*

OXAN

ESPECIAL para la coriza aguda o crónica, los "catarros de la cabeza" y la obstrucción de la nariz que acompaña a los resfriados.

Su efecto es rápido y agradabilísimo.

Desobstruye la nariz y permite respirar libremente, a la vez que facilita la fluxión y despeja la cabeza.

OXAN es un polvo blanco, muy fino, hecho a base de aspirina. Se absorbe por la nariz lo mismo que el rapé.



tos no penetran en el hombre tal como es y vive, no abarcan la personalidad viviente, sino que van hacia lo indeterminado y abstracto y flotan en el aire, desprendidos en absoluto del suelo firme. Toda su aspiración es pasar del mundo al más allá; espantado de las miserias humanas, lucha anhelosamente por elevarse por encima de ellas.

Hemos abierto el Kempis. Es un libro enlutado y muerto mi yo alegre siempre busco esa lápida. En sus páginas mueren mis flores de pecado. La Ventana del Kempis me dió esta luz tan pálida.

Con esta tristeza que está en todas partes y en ninguna, Augusto Arias se purifica, en-

noblece toda su existencia y vuelve a su núcleo puro. Constituye principalmente la grandeza de este gran poeta el atraer hacia sí con un sentido amable toda la complejidad del ser y del suceder, el suprimir en una transformación callada pero lúcida todas las angustias inútiles y todos los tedios dando toda su eficacia a lo puro, vital y humano. Así va este libro, noble, alto escrito en una tarde sin sol, perfumado de metafisismo y de un dulce morir.....

Julia García Games

Santiago, Diciembre de 1927



BOLIDOS

Mujer

Ya que asilan tus ojos luz de gloria
que dispersa las brumas del dolor,
puedes trocar la vida transitoria
en un edén mirífico de amor.

¡Con qué afán el errátil peregrino
sueña en su larga trayectoria que has
de ser como el oasis del camino,
que da frescura y paz!

Estrellas

Por admirar las estrellas bellas,
en limbos ignorados me perdí...
¡Ya no sé si he volado a las estrellas,
o las estrellas han bajado a mí!

Sólo puedo saber que voy contrito
sin espasmo ninguno de pavor,
con los ojos borrachos de infinito
y en el alma un eterno resplandor!

Ilusiones

Ilusiones de un día! Son tan bellas
que saturan de aromas y fulgores
como una inmensa procesión de estrellas,
como un derroche matinal de flores!

El que nació para soñar en vano,
cree ver la gloria del Edén perdido.
¡Cuánta luz, cuánta vida, y qué temprano
se abisman en la sima del Olvido!

Quimeras de poeta

No comprendes que tiene las pupilas
causadas del eterno sondear
la sombra de sus noches intranquilas,
lóbregas y profundas como el mar!

Quimeras de Poeta...
dices, de su dolor haciendo mofa.
De lo que lleva oculto cada estrofa
qué sabes tú, coqueta!

A un niño

En tu existencia grácil y dichosa
—alegría y candor—
es tu espíritu inquieta mariposa
que va de flor en flor!

Por ley común te ha de llegar el día
del hosco despertar.
Feliz de tí, que ignoras todavía
el absurdo martirio de pensar!

Renuncia

En el raudo festín de la alegría
siempre ostenta la máscara mejor,
y de las almas en la bruma fría
está el negro vampiro del Dolor!

Cuántos, ebrios de sueños y de orgía,
al comprender que todo tiene un fin,
antes que a sorprenderlos venga el día,
se alejan para siempre del festín!

José Carduz Viera

Rocha, Uruguay



EL VERSO ACTUAL EN AMERICA

A urgencia, el afán de los poetas de América, es la conquista, la creación, el descubrimiento del verso nuevo. ¡Pero se podrá, realmente, establecer una diferencia con límites fijos, con argumentos suficientes, entre la vieja y la nueva poesía? Deberíamos referirnos más bien al verso actual, al que trae modernos caracteres, líneas graciosas, acentos remozados, sensaciones que pretenden arrancar de un nacimiento último, desgajado de todo pretérito, pero que vuelve, sólo con un color que se ha hecho distinto por la paciencia o el acierto del matiz y con una voz que se empeña en no evocarnos la música olvidada, sobre la palabra que ya dijeron los poetas de otro tiempo, sobre el presentimiento y la adivinación de los cantores desdeñados, sobre el amor que se nos antojará pueril en la letanía de Zorrilla o tímido en el suspiro de Heine. Han cambiado las expresiones, la agudeza sustituye a la sinceridad, el lamento entrecortado nos deja oír una risa impresentida. Abundan los contrastes, la curiosa alma de los muchachos está en equilibrio sobre la cuerda antequísima de la paradoja. Los modernos *traducen* muchas veces a Góngora y los modernísimos hablan ¡quién lo dijera!, hasta con la voz del Arcipreste.

Aspiramos, sin embargo, con simpatía, con atención benévola, el perfume de este nuevo jazmín de Malabar que viene tras del ocultamiento, no de la pérdida, de la flor romántica. Esta lírica parla va con el tiempo, tiene del fluir del instante y se baña con los oros vernáculos que nos parecen desprendidos de otro iris. La poesía que debe ser sugestión, nos presta ahora la sugestiva gracia de escuchar la belleza redicha, pero en nuevas palabras, en frases actuales.

El verso actual tiene uno de los signos inevitables de lo que, poseído de esencia novedosa, quiere singularizarse, lucir, clasificándose, laminándose, buscando en la división la personalidad, en la marca, la patente, en la variedad la condición de único.

Los nombres de las escuelas que se multiplican hasta lo infinito, dejarán sin cuidado a los críticos. Habrá que ir, solamente, a lo que en esa producción haya de verdadero, de apreciable, a lo que en esos poetas exista de talento o de sensibilidad. Uno de nuestros críticos se preguntaba hace poco, por lo que quedará al final de las nuevas tenden-

cias poéticas, y la respuesta, de claridad meridiana, es digna de una de las definiciones menos petulantes. Hay diferencias claras: los poetas buenos y los poetas malos.

Volvemos, pues, al principio de la poesía que acaba de nacer y a la que ya está envejecida, afinándonos en el conocimiento incontestable de que existen cantores de hoy muertos en la vanguardia y de que hay líricos de ayer, vivos en su voz sin *ocaso*.

Vale decir algo acerca de la nueva estética del verso. De la estética actual ha corregido nuestro lápiz. César Vallejo, escritor hispánico que vive en París, traza la paralela rigurosa y acorde de los descubrimientos que ostentan las nuevas generaciones y que corresponden a las conquistas de las generaciones anteriores.

Consignaremos la interesante prueba, simplificándola en lo posible.

¿Qué nos enseñan los nuevos poetas?

Nueva ortografía. Supresión de signos puntuativos y de mayúsculas. (postulado europeo, desde el futurismo de hace veinte años hasta el dadaísmo de 1920).

Nueva caligrafía del poema. Facultad de escribir de abajo arriba, como los tibetanos o en círculo, como los escolares del kindergarten; facultad, en fin, de escribir en cualquier dirección, según sea el objeto o emoción que se quiera sugerir gráficamente en cada caso. (Postulado europeo, desde San Juan de la Cruz y los benedictinos del siglo XV, hasta Apollinaire y Beauduin).

Nuevos asuntos. Al claro de luna sucede el radio. (Postulado europeo, en Marinetti como en el sinoptismo poliplano).

Nueva máquina para hacer imágenes. (Postulado europeo desde Mallarmé, hace cuarenta años, hasta el super-realismo de 1924).

Nuevas imágenes. Advenimiento del poleaje casuístico. (Postulado europeo desde Lautremont, hace cincuenta años, hasta el cubismo de 1914).

Nueva conciencia cosmogónica de la vida. El horizonte y la distancia adquieren insólito significado. (Postulado europeo desde los trenes estelares de Laforgue y la fraternidad universal de Hugo, hasta Romain Rolland y Blais-Cendrars).

Nueva sensibilidad política y económica. (Postulado europeo, desde Tolstoy, hace cin-

cuenta años, hasta la revolución super-realista).

¿Y el mundonovismo o el americanismo? Quizá en este punto puede haber originalidad. Tomemos «La Zafra» de Agustín Acosta. En esos versos revolucionarios, personales, existe algo íntimo de Cuba y el motivo, regional; no está circunscrito al lugar que se canta, porque la expresión adquiere universalidad y tiene ese poder de revelarnos lo que no conocemos, de guiarnos junto a la angustia lejana, que se nos representa casi patética.

Ahora, ¿cuál la suerte del mundonovismo en el Ecuador? Ninguna. ¿Hay algún poema que refleje nuestras costumbres, nuestra índole o siquiera nuestro desapego? No. Claro que se han hecho intentos de describir nuestro paisaje o de referirse a la fisonomía ecuatorial, pero están unas veces empañados por la timidez, otras, desnaturalizados por el modelo extraño y existe, en los más, la debilidad de lo inacabado.

La vanguardia. Simbólica, en principio, de esa preocupación de no envejecer, de integrarse al latido próximo, de explicar los problemas actuales, de sumergirse en frescas aguas. Necesidad de actualizarse y, de seguro, inquietud de buena ley que aspira a recomponer, con amor, el poema que aparece con brillo único, de acuerdo con la forma que no tenga parecido, que reúna los dones de la última hora.

El vanguardismo ha tenido acerbos críticos y fervientes propaladores. Pero es de las opiniones contradictorias y de las pruebas de encontrados fanatismos, de donde puede extraerse, como de un crisol, el sereno oro limpio, separándolo de lo que es vulgar escoria. El señor Vallejo dice de la novedad literaria de América: «Es el *secretum profanum* que propone Jean Cocteau; es el reino que no es de este mundo, según el abate Bremond. La razón de Paul Souday, la necesidad sagrada de la emoción auténtica y humana, no tienen allí entrada».

Lugones es un espíritu moderno que por razones de su misma complejidad no puede excluir de su verso ni lo actual, ni lo novedoso, con tener ya en conquista natural, lo magnífico y lo bello. Al autor de «Los Barritos», oda moderna digna de una Antología en que estuviera Jammes, al encantador del fuego y de la niebla, en panteísmo que corporiza estas fuerzas de la naturaleza, con su verso preciso; con su poder imaginativo, con su don de plasmar, no puede acusársele, sin incurrir en una grave ignorancia, de poeta retrasado. Y sin embargo, tiene palabras desleñosas para la premura de la juventud que marcha asida a la primera novedad. «En estética la preferencia por lo sorprendente, no es sino el deslumbramiento del salvaje por el abalorio. Miseria de vanidad

en que sólo se complace la pobre gente que tiene por corazón el corcho extranjero de una botella de champaña. Nada hay tan plebeyo como el estremo permanente, y la elegancia, que es la nobleza de la actitud, evita la novedad y detesta lo llamativo. . . . La estética nueva, correspondiente, según nos dicen, a una nueva sensibilidad, consiste en dos miserias negativas: la abolición del verso y la reducción de la poesía al invento de la metáfora. El poeta viene a ser, pues, un imaginero de la prosa. . . .» Así habla Lugones en uno de sus artículos más recientes.

Un comentarista justo habrá de separar, naturalmente, con prudencia de mirada serena, a los poemas actuales que tienen, a más del adorno de la forma última, esa gracia permanente de la emoción, de esos otros que están vestidos de nuevo, pero cuya figura se delata por lo ridícula, cae por lo fofa o se hace inapreciable por lo borrosa y desvertebrada.

Quisiéramos decir algo de los cultores del verso actual en América. Pero quédese la intención de contemplarlos detenidamente para otras apuntaciones posteriores. Sin embargo, no podemos sustraernos al placer del lector que recuerda uno que otro poema que fue subrayando con simpatía o con natural sonrisa. El panorama está desordenado.

De la Argentina es Carlos Pellicer Cámara de quien acaba de hacer una loaza Gabriela Mistral. Ha publicado un tomo de poesías que se llama «Hora y 20». En algunos de sus poemas se entrecruza el simbolismo con la tortura de los poetas amantes y sensuales. Tal es su voz opresa y hasta, en veces, suplicante: «Mujer fiel como las playas—y los brazos eternos de las cruces. . .» Busca, como casi todos los poetas actuales, la objetivación que explique el sentimiento oculto. Oigámosle: «Tan dulce, tan ligera y tan amante—que yo veía a los ciegos sumar—dividir y multiplicar las estrellas—y a los sordos—dirigir el concierto de los ángeles. . .»

«Tu que eras un lirio en la noche—con caminos y canciones—y recuerdos de años con lágrimas. . .» La risa fina que parece lágrima revertida, no le es extraña. Señala un color de ausencia y hasta un símbolo que no parece poético, pero que significa, la percepción de la voz sin la presencia del sujeto. . . . «El teléfono llama, pero todo es inútil—porque tú y yo estaremos siempre azules de ausencia. . .»

Juan Marinello es un poeta cubano que nació en el 99, fin del siglo romántico. Encuentra el signo de la abstracción y recibe, como virginizado, las sensaciones. Cuando no sentía el alma, vibra con un espanto de soles: «Yo no sentía la tarde—ni el alma—Viniste tú—y hubo un espanto de soles—en los viejos corredores—traspasados de tu luz».

Juan Parra del Riego, peruano, que ya tiene para su sueño el cabezal definitivo, nos dejó la nota de su poema violento, dinámico, como si hubiera estado sumerso en el vértigo universal. En el «Poliritmo de la mujer» advertimos esa alegría de movimiento que halla su culminación máxima en la conquista del espacio. Parra habría sido el poeta de Lindbergh.

La viuda de Juan Parra, Blanca Luz Brum de Parra del Riego, nativa del Uruguay, también es de la vanguardia. Dice el verso de la espera: «Antes de que tú viniéras—la soledad y el frío—se comían—el canto de los pájaros... Cuando tú llegas—yo regreso de todo.» No puede huir de la audacia conceptualista o de la expresión atrevida, cuando dice: «Enarbolas bien alto—el trino rojo de tus pájaros», incidiendo, tal vez, en la audición coloreada de que habla la Psicología.

Francisco López Merino, de Buenos Aires ha escrito el diario de sus tardes, que no es una limitación de tiempo, sino más bien la mancha del recuerdo en las horas, propicia a fijarse con tono vespertino. Se abunda, por gracia de la evocación, en un eco amortiguado y taciturno que le hace pensar en los patios de la niñez y en la melancolía de las primas, como en una vaga estampa de los domingos. No puede desprenderse de la voz confidencial: «Ligeña, tu recuerdo da calor a mis tardes—está en la luz como una presencia clara y suave—y es el aroma limpio que viene del paisaje—»

En Colombia vive el poeta Luis Vidales que, descontento de la vulgaridad circundante pensó que no era difícil acompañar el prosaísmo. Su libro se llama «Suenan timbres». Vidales encuentra, con humor, el reverso de los actos solemnes: «por medio de los microscopios—los microbios—observan a los sabios».

También es colombiano Castañeda Aragón. Se acostumbró a mirar los paisajes en aeroplaneo. Algunos de sus poemas resultan por eso de una rapidez panorámica desusada. Leamos esta miniatra: «Puerto de Cristóbal—Casas de madera—de color—Los negros—Iglesia colonial—Una estatua con cadenas—que rodean el pedestal—Una palmera—Colón—Cristóbal—Aspinwal—Canal Zone—Panamá».

José Gorostiza, autor de muchas *cañoncitas para cantar en los bares*, vuelve con la voz apacible que sugiere, detiene y convence. Sus cuadros son firmes y concisos, y sin abundamiento de luces o recargo de colores, logran fijar la imagen que se viste de la pátina del retrato antiguo: «Un anciano consume su tabaco—en la vieja cachimba de nogal—La tarde es solamente un cielo opaco—y el recuerdo amarillo de un resal».

Xavier Villaurrutia invoca con frecuencia un viejo sortilegio olvidado: el ensueño. Se alumbran por eso con destellos de otro tiempo sus nuevas farolas de vidrios coloridos. Hemos de encontrar, alguna vez, en su libro de poesías, una de esas florecillas que disecaban los estudiantes escolásticos, entre dos capas de algodón, prensándolas en las páginas del breviario. Nadie nos dirá que el prado de Villaurrutia no hubiera consolado a Fray Luis de León: «Nos juntó un sueño—en el sueño rodábamos—como en un prado fresco... ¡Nos juntará la vida—como el sueño!»

El peruano Alberto Guillén no puede quedarse en la retaguardia y si algunos de sus sonetos valen más que las líneas de su actual *verso-librismo*, en toda su producción lírica hay algo de eso que no existe en quienes, con vanguardia y todo, ostentan en la frente el cero de la imagen circular, como el mejor poema que no escribirán.

No es posible pasar por los versos de Guillén sin releer alguno: «Peregrino—me dejo amar—en cada puerto y bebo el vino—del aduar—A veces me detengo pensativo—y al verme siempre fugitivo—sin llegar—miro—atrás con un suspiro—y vuelvo a andar».

Faltan muchos: el exquisito Pacho Valencia, de Colombia, que cincela el eterno femenino; Ortiz de Montellano que ha jugado con su «Trompo de siete colores», Alcides Spielucín que acaba de editar «El Libro de la Nave Dorada», con sal marina y viento de playa, el Presbítero Pallais, de Nicaragua, que tiene el placer de acariciar con la orla de su verso las cabecitas de sus «hermanos lustradores» o interpreta el *poema de las naciobas* en ritmo ágil, preciso, melódico, monje andariego que sabe de los caminos y conoce, como Francisco, el libro de los humildes, Enrique González Rojo que heredó la sobriedad de González Martínez, León de Greiff que ha dicho la balada del mar no visto, Segura, Velásquez, Milanés, Rafael Maya, Francisco Izquierdo, Rafael Estrada, Guillermo Padilla Castro, Baltasar Dromundo, Alberto Ureta, Carlos Luis Sáenz.

Algunos, como el argentino Rafael Alberto Arrieta, tienden a renovarse, más que en el asombro de las formas, en la verdad de los sentimientos. Este poeta fortifica su optimismo y nos trae, en la tibieza de cada mañana, un nuevo canto de vida y esperanza. Otros, como el chileno Torres Riosoco, condenan su acorde afectivo de otra edad porque descubrieron la flor de la risa o han tachado, con el lapiz de la madurez, la historia monótona de la novia muerta.

Doblemente sugestiva es la cordura que nos traen esos libros aliviadores, paréntesis de los filósofos que abandonaron la página densa, para arrancarse una cana, de pie sobre el cuadrante lunado de la musical locura. La

experiencia que no desdella el llusivo entre-tiempo, está, por ejemplo, en «Pausa» de Alfonso Reyes o en los versos de ese profundo Alberto Masferrer que trazó «El Ensayo sobre el Destino».

Volvemos al tema del comienzo. No existe, en realidad, el verso viejo, ni el que, de novísimo, tiene el pulimento de la inmediata factura. En la vanguardia vemos llegar, con triunfal paso, a Arturo Capdevilla, Jaime Torres Bodet y Simón Latino.

Latino habla con un acento que no desdella ninguno de los clásicos: «Era buena—era, como el alba, pura—Blanca como el bardo su frente serena—negra, cual la noche su pupila oscura». La elegía es de cristalina lágrima. No le condensa el aire de la vanguardia, ni le ajea o le ensombrece el huracán del siglo muerto.

Torres Bodet, como José Juan Tablada, ha escrito versos sintéticos, con el empeño de la captación breve y con el deseo de retener, en ligeras líneas, el paisaje o la emoción que ha menester de inacabables páginas en los bardos discursivos. Es, en el fondo, un afán parecido al de los autores de los pequeños poemas en prosa o a la filosofía comprimida de Gómez de la Serna que tiene tantos imitadores desdichados de su *Greguería* única y personal.

El sentimiento adquiere en Torres Bodet, muchas veces, ese suspiro que tratarían de borrar de sus rostros los que piensan que para andar con el siglo, se necesitan los ceños duros y los gestos de cazadores. Su último libro *Bionbo* guarda preciosas miniaturas y se distingue por la gracia de los contrastes y la suavidad de las advertencias imaginarias. Encantará siempre la pintura fácil de esa mujer *doble* que cambiaba de

color y de espíritu, y sin contradecirse, como en un mago juego de luces.

Capdevilla, argentino, incluído como el mexicano Torres Bodet y el colombiano Simón Latino, en lo más selecto de la vanguardia, canta, al decir de Lugones, en «castizo verso viejo». «La dicha revelada—Todo el amor sabido... entre un olor a rosas, al manso, al claro ruido—de los dormidos sauces,—al lamento—del pájaro escondido.—Y el suspiro del pecho adolescente—adolescencia: amor que no ha venido...».

Al escuchar el verso de Capdevilla, dice el autor de «Las Montañas de Oro»: «Romántico, dirán de él, con la mueca consabida, aunque elogiándole sin saberlo, al darle así, en belleza y en verdad, el alto título de señor de la quimera... Romántico, nada más. Nada menos, pobre gente».

La forma, el verso, la línea, la palabra, el sentido, se modifican en cada amanecer. Ahora mismo se habla de la «oblicua fascinación» del estridentismo del mexicano Maples Arce y se duplica el cliché del caligrama, flamante poema gráfico. Se forma el cuadro estridentista, múltiple, fragmentado e inverso. En un fondo difuso se van pegando irregulares recortes de todos los cromos. La nueva figura que tiene algo de las demás, no se parece a ninguna. Es ya una estampa neutra.

El árbol de la Arcadía sirve ahora para una antena de radio y sustituyó al nido casi eglogico por la maravilla de la onda. Lo que en otro tiempo se llamó recuerdo, aparece hoy, en el conceptismo novedoso, como «una fotografía de la memoria».

Augusto Arias

Quito, Ecuador

IMPORTANTE

Si Ud. desea conocer el movimiento cultural de los pueblos hispanoamericanos, suscribase al gran semanario de San José de Costa Rica

Repertorio Americano

La administración de esta Revista puede encargarse de solicitar suscripciones para el Ecuador.

A la Sra. Hipatia Cárdenas de Bustamante

Para su Album de Otoño

La chispa de tus ojos,
una centella,
y una ascua tu palabra
de ática cepa.
¡Cuánta candela
pronta a soltar la furia
de las tormentas!

Así Dios, que entre rayos
se anuncia y crea,
que arde en el sol y es llama
de luz eterna.
Su obra más bella,
el reguero de fuego
de las estrellas.

De tu fragua mirífica
salen las penas,
leves como el perfume
de las esencias.
Otoños?... Deja!
No hay los tonos oscuros
en tu paleta.

Sombras, sólo en tus ojos,
caos y hogueras,
carbones encendidos
de la Leyenda;
pero perpetua
en tu alma, alada música
de castañuelas.

Soberana divina
cuya luz quema
y prende en los espíritus
la primavera,
¡oh maga excelsa!
A tu lado un arcángel
guía tus huellas.

Alfonso Moscoso

Quito, Ecuador

Los Bohemios de Caracas

UN DISCIPULO de MÜRGER

Emiliano Hernández

ESTE poeta era un poeta lunático y un sacerdote de los misterios saturnales. Era de los atormentados, y dentro de su cerebro imperó el gusano de la inquietud, como un roedor voraz.

Nació bajo un signo fatal, y mientras las pasiones bestiales de los hombres lo arrastraban a la animalidad, sus recios nervios de soñador poliédrico lo impulsaban a la cumbre del estetismo y de la espiritualidad.

Anormal lo fue, en elevado grado, por sobre el cotidiano vivir vulgar y por sobre los necios y estúpidos, por sobre los acrebrales y por sobre los que llevan el corazón convertido en fango o pus. Y fue un bebedor de alcohol inenarrable, para silenciar sus instintos ante la inmole insolencia de los supos de la mediocridad y para olvidarse de que vivía entre los mercaderes de la Belleza y del Arte. Se embriagó como Verlaine y Francis Villón para vivir la vida inconsciente e incorpórea y feliz de la ebriedad profunda.

Pero antes que un bebedor de ajeno, fue —desde que surgió de un beso de amor hasta que murió en un jergón de hospicio, sobrellevando la tragedia del tedio y de la miseria pulquérrima y la tristeza heroica del idealista— un bebedor instintivo de lo bello y de lo ignoto.

Baco, coronado de pámpanos y yedras, fue su hermano en las orgías; y las musas, esas mariposas del monte Parnaso, fueron sus queridas ávidas y generosas.

* * *

Emiliano Hernández nació en Maracabo,

Y abandonó muy adolescente su ciudad natal y su lago romántico. Revivióse algunas hojas de laurel, conquistadas en «Ariel», la revista juvenil donde, gallardamente, por primera vez expresó su cerebro y su cora-

zón para formar el soma de su ego intelectual.

En este siglo veinte, el siglo del Beerro de Oro, el siglo del Emperador Dólar, el poeta Emiliano Hernández trágicamente consumió lo mejor y más noble de su vida: su carácter poético; y en ella agotó su juventud indómita e independiente, quemó sus naves espirituales y no tuvo la altivez de humillarla por la indiferencia y por la injusticia con que lo trató, como lo hizo el satánico bardo, ya muerto en 1908, en «La Rotunda», Víctor Racamonte, cuya pluma de alto y viril poeta destiló el mismo veneno de la crótala bárbara y mortífera.

Emiliano Hernández pudo haber sido un gran poeta no solamente de Venezuela, sino de los pueblos latino-americanos. Había nacido poeta, pero el ambiente malfético de su lar patrio, ese ambiente aldeano de groseras politiquerías estrechas y viles, lo asesinó; la frivolidad dañina y abyecta, la ignorancia y la carencia de sentido artístico de sus compatriotas lo estrangularon, en la sombra del desprecio y de la miseria. En Venezuela siempre murieron formidables y grandiosos talentos inéditos completamente, porque los asesinan la ignorancia y la indiferencia de los venezolanos, perpetuamente sometidos, desde 1830, al látigo eunconizador del mayoral sanguinario e inconsciente.

Hernández poseyó un poderoso cerebro, pero lo debilitó y lo hizo impotente en el mallejón de la «guchafita» venezolana. No pulió su cerebro y jamás se preocupó por adquirir una sólida y fecunda ilustración. Las ilusiones hermosas surgidas hoy al calor de una noble ambición, las ahorcaba al día siguiente con una clínica indolencia.

La frialdad de los venezolanos, ocupados en ser serviles y pendencieros, acabó con su don de poeta y arruinó su alma radiante. Su obra literaria está perdida y se va desvaneciendo melancólicamente . . . sus versos de una grande energía estética y sus prosas plenas de luz y perfumes se van olvidando en las amarillentas columnas de las revistas y periódicos donde los dio a la publicidad hechicera Y hasta en nombre tuvo el riesgo amargo de perderse también en las campañas mustias de «Tierra de Jugo», el cementerio de Caracas.

Vivió este poeta por tierras extranjeras, durante algunos años de su juventud, pasó por la Habana, hace muchos años, como un poema magnífico hecho hombre. Y mientras se dejaba arruinar por su destino incierto por patrias extrañas a la suya, empapaba blancas cuartillas de papel con el vino de su cerebro y la menta de su corazón y vivía a la vez una vida absurda y altamente aristocrática de la bohemia a lo Poe, a lo Verblin, a lo Baudelaire, a lo Dario, de quien fue amigo personal y en alcohol; y su bohemia se concretó a los ciclos de la bohemia de Mürger.

No importa empujar el vaso cristal para hacerlo insensible frente a la sordidez de los cerdos, porque si el licor que contiene es incorruptible, no perderá sus virtudes excelsas.

Emiliano Hernández se suicidó lentamente, como Alfredo de Musset, escanciando largos tragos de alcohol.

El siete de enero de mil novecientos diez y nueve, murió en el Hospital «Vargas» de Caracas este poeta magnífico, a los cuarenta y un años de edad, murió como cualquier pordiosero recogido en algún arrabal caraqueño, o recogido en una curva pantanosa de algún solitario camino.

Su adversa fortuna no le permitió durante un año que su tumba tuviese ni una cruz, ni un rosal, ni un ciprés, y apenas la efímera señal de los muertos anónimos, el rojo ladrillo numerado, la miserable señal de los proscriptos de la suerte.

Al año de su muerte se le rindió un fraterno y sencillo homenaje por un reducido grupo de intelectuales, y por ellos su tumba no continuó olvidada. Se le puso una lápida de mármol. Mañana tendrá su efígie de granito.

¿Cuándo los venezolanos recogeremos su dispersa y hermosa e interesante obra literaria?

Su esposa, buena y humilde, me entregó algunos versos, los que me robó un amigo poeta junto con «Ritos» de Guillermo Valencia. Hundo robo que me hizo reír, aunque me causó malhumor!

Francis Laguado Jayme

Habana—1927

Agencia de Servicios Urbanos A DOMICILIO

¿DESEA UD., caballero, que sus invitaciones y sus partes sociales lleguen al destinatario con la rapidez y seguridad que Ud. solicita?

El suscrito se encarga de satisfacer sus deseos.

Y comunica a Ud. que, además, se encarga del cobro rápido de planillas y recibos, de la venta de obras nacionales y de artículos de escritorio y de la entrega de revistas del país y del extranjero.

Su honradez y exacto cumplimiento en sus obligaciones están muy acreditadas en esta Ciudad.

La Oficina está situada en la carrera «Mejía», N^o 108, casa del Sr. Amable J. Ortiz.—Teléfono, 1-6-0.—Quito.

Timoleón Velasco Vela

DULCES MEMORIAS

Para su sombra tan lejana como estas memorias

EN barrio apartado, después de empinada cuesta fízase insignificante la casa esquinera, que se enfrenta descarrada con colonial murallón en cuya esquina luce en su nicho una cruz, pintada de verde; así, pues, de ella toma el nombre popular la calle y todos la denominan la esquina de la "Cruz Verde".

En esa casa de apariencia humilde florece la alegría en todo su esplendor, sin jamás estar reñida con su hermana la pobreza; bien es cierto que se opera el milagro, porque van guiadas por una cabeza y un corazón:

Los días se desgranán vulgares y rápidos y llegan a su término. El 31 de diciembre amanece trayendo como siempre sus inquietudes; llega la tarde y con ella las sombras que anuncian la noche, y la humilde casa empieza a vestirse de gala. Puerta y ventanas están cerradas, pero las indiscretas rendijas dejan escapar hilos de luz, que atraen las miradas de las beatas franciscanas que a esa hora misteriosa regresan al hogar y acortan el paso, curiosas, pues oyen las notas de un piano, acompañadas de risas alegres, risas de juventud; y, mientras pasan las cuentas de su rosario, musitan, ¿qué modo de divertirse, Señor?

Dentro de la casa todo está listo; luces, flores, música. ¿Y los invitados? son cinco corazones que esperan ansiosos la señal del nuevo año para ofrecer su amor a su único dueño, ya que todavía no sabe de otros amores, de esos amores que por ley natural desbaratan los viejos nidos para formar otros con su cortejo de amarguras y dichas, que la vida ofrece.

Brilla la seda de los trajes al par que los ojos; una pechera blanca de impecable fraso deshace el hechizo de los otros colores y pone nota seria en la reunión.

La hora se acerca; el círculo se estrecha, en medio está sentada, en cómodo sillón, la víctima amorosa, y sonríe cariñosa y se presta indulgente a esta locura de pasión filial; el triunfo es de aquel que al sonar la hora que anuncia el nuevo año besa primero los labios marchitos, las pálidas mejillas de su padre y señor.

La música ha callado entre risas nerviosas, cuidan que todos guarden igual distan-

cia, y en medio del golpe que dan los corazones suena el estampido del cañón. ¡Tras, un grito, murmullo de besos! . . .

Recobrada la calma, se destaca en media pieza su gallarda figura; de su cara se ha borrado el rictus de amargura y profundo desengaño que le dió la vida, y con honda emoción y frases fervientes nos augura una vida llena de dichas; tal vez en ese instante su alma se ofrecía en holocausto, para que sean quitadas todos los escollos de nuestro camino, y así se lo ve apretando amoroso en un solo abrazo los cinco pedazos de su corazón. Risueño un criado espera a la puerta con el rubio champaña.

Pasan los años y en la misma pieza y en el mismo puesto los cinco de rodillas, llorando, se disputan el último beso. Y llega la hora terrible en que lúgubre suena el martillo que paraliza el latido de estos corazones que irán por la vida sintiendo un vacío sin jamás llenar.

Para el auto "Limousin", lacayo galonado abre la puerta, y subimos amplia y corta escalera de blanco mármol. Se abre la mampara como a un conjuro y entramos al vestíbulo de casa señorial; todo es oro y seda y espléndidos salones derraman torrentes de luz; las ventanas están abiertas para que refresque, pues hace ya calor.

La dueña de casa, aristócrata dama, congrega en su casa toda su familia. Esperan el Nuevo Año. Caras bellísimas, soberbios escotes, enormes brillantes, cascadas de perlas.

Esponjados Embajadores se mueven ceremoniosos, mientras ágiles se escurren chiquillas de quince años.

Por una deferencia estamos invitados a algunos diplomáticos. Suena el cañón que anuncia un año menos de vida; se remueven los fracs, y, lentos avanzan hacia la dama que, amable y sonriente, extiende la mano para recibir el beso de ritual y las felicitaciones de estilo. La orquesta emociona, ofrecen el brazo los caballeros y desfilamos al comedor; riquísima, argentada vajilla de blasonados escudos, cristales bacarat, costosísimas flores, de perfumes exóticos, y manjares exquisitos rocíados de vinos centenarios. Llega la hora

EL RECUERDO INFANTIL

Alameda de Quito! Romántica Alameda
que viste los siete años azules de mi infancia
errar por tus floridos senderos de fragancia
hollando la verdura del musgo y la reseda...

Eres la misma siempre: tan alegre o sombría
bajo el sol o la lluvia! Con tus lagos, tus flores,
tus kioscos, tus amantes que se juran amores
y se embriagan de ensueños y de melancolía....

También hoy, en mis días huérfanos de ilusión,
vengo a sentirme niño junto con los ancianos
que rumiando pesares miran nevar sus vidas....

Y a ver cómo el Recuerdo me trae entre sus manos
a la linda hermanita que una tarde, a escondidas,
para guiarla al cielo lleváronla al panteón.

Antonio Montalvo

Quito, Ecuador

del clásico champafia, rompen los brindis el suave murmullo de fiesta aristocrática; hacen coro las risas al ruido de los cristales y entre tanta riqueza y tanta elegancia noto la pálida y fina figura de ojos dulces y castaña barba, que, a la distancia, y entre las flores, buscaba mis ojos, y, alzando la copa entre sus dedos nerviosos, me brindaba el champafia; sus labios se movían como si rezara y su alma me hablaba en sus ojos. Nublóse mi vista, en mis oídos sonaba la orquesta lejana, y, de improviso, como si lo evocara, apareció la visión: mirábame unos ojos tristes y profundos, ojos que jamás he de olvidar, y en su cara severa y morena brillaba la barba de plata, ya no era nerviosa la mano que alza-

ba la copa, sino esa su mano de agosto además.

Apuré el champafia; desapareció la visión, y con los ojos llenos de lágrimas reí....! reí como ríen los diplomáticos. Entonces oí decir: miren, qué gracioso! las burbujas chispeantes del pícaro champafia han hecho el milagro de mojar en lágrimas esos ojos tropicales que no saben sino de risas y alegrías...!

ASPASIA

Quito, Ecuador

Nota.—Se complace «América» en contar a la autora de estas páginas, entre sus distinguidos colaboradores. La gentil dama que con tan vibrante sentimiento sabe retener los recuerdos amados, no se negará a cedernos otras de sus simpáticas cuartillas.

POEMAS DE MANUEL NAVARRO LUNA

Vino de Sol

Levantarse temprano
y tener un amor....
¡Dios mío,
qué bien está mi corazón!
Por mis ventanas entra
un claro resplandor
y se llena de ritmos el fragante
silencio con su voz.
Hasta la misma angustia cuyo diente
la carne de mis sueños desgarró,
deshoja, entre los lirios entreabiertos,
una amable canción.
Brilla sobre mis ansias
la sonrisa de Dios.
Es por eso, sin duda, que están llenas
mis copas de licor:
zumo de estrellas,
vino de sol.
Si me fuese posible
ver, de nuevo, al dolor....
¡con qué gusto le diera de este vino
para pagarle el vino de sombra que él me dió!
¡Qué bien está, Dios mío,
mi corazón!

Canción del Retorno

Vestida de mayo
vino en el esquife de un celaje azul,
y, sobre mis hombros, en varas de nardos
floreció mi cruz.
Mañanita trémula,
ramito de luz,
¡alegría
de mi juventud!
¡Qué blancas y alegres
las noches vendrán
a llenar sus manos de piedras preciosas
en mi claridad!
De júbilo, el alma
temblorosa está,
y entre el alboroso de la lumbre quiere
llorar.

Brillan los ensueños
 cual maravillosos vellones de sol
 y, como no hay sombras, en polvo de estrellas
 se convierte el fúnebre ramo del dolor.
 El cielo radiante de la primavera
 quiere, entre sonrisas, escuchar su voz,
 porque ha descendido, más claro que nunca,
 a mi corazón.

Los Surcos

A Don Enrique José Barona

Cruzan los peregrinos. . . .
 Este lleva su azada,
 aquél lleva su pico. . . .
 Ensordece el clamor que se levanta
 de las cavernas; y el potente grito
 penetra en las entrañas
 de la noche. Después, ya no se escucha
 más que un crujir de cráneos
 que al golpear de las furias
 ruedan despedazados
 al inmenso sepulcro. . . .
 ¡Ya están llenos
 los surcos!

Madre Mia

Cuando deje la cruz y ya no sienta
 esta fatiga,
 ¡qué bien voy a dormir entre tus brazos,
 madre mía!
 El sueño será un largo
 éxtasis; una contemplación infinita
 de cosas que no pudieron
 ver nunca mis pupilas.
 Un sol maravilloso;
 una ciudad fantástica, y, por doquier, sonrisas
 de rostros que me amaron
 en la vida.
 ¡Qué bien voy a dormir en tu regazo,
 madre mía!

Manzanillo, Cuba



A Ernesto Noboa Caamaño

—ooo—

Tu nave!... Ya, con un albor bendito,
luce su veste su elevada antena.
Apresta para el viaje a lo infinito
tu corazón de luz, tu alma serena.

Todo es amor allá y es todo galas
—edén oculto en apariencia inerte:—
para volar muy lejos tienes alas,
las alas invisibles de la muerte.

De la tarde estival al dulce mimo,
mientras ríe la luz en la arboleda
y repiten los pájaros, al ritmo
de un verso tuyo, una canción de seda;

mientras el horizonte luminoso
renueva estrellas sobre un sol cadente
y perfuma un aroma deleitoso
de blancas rosas el sereno ambiente,

tu alma, sobre el duelo sollozante
de los adioses húmedos, se eleva,
y a la mágica esfera rutilante
todo el amor de tu existencia lleva.

Todo el fulgor de tu existencia triste
que solo en sombras te dejó a tí mismo,
porque eras una estrella, y difundiste
tu luz en todo, menos en tu abismo.

Siempre extendido el pensamiento lejos,
los ojos vagos en el puro cielo;
y en la noche, con tímidos bosquejos,
la expansión indecible de tu anhelo.

Abriendo el cáliz de tu vida extraña,
como una flor, a la mirada ajena.
—Tal el rocío entre las sombras baña
capullos nuevos que a la luz condena.

Entre sombras de angustia y abandono,
lentas las horas de larga espera;
bajo el peso implacable del oncono
del destino, evocando una quimera;

en lo más alto el firmamento enorme,
y allá, a lo lejos, en el fondo umbrío,
la soledad del mar, monstruo deforme
que negaba ilusión al desvarío.

De tu vida tal fue el atroz suplicio
sin más consuelo que las manos suaves
que aliviaron tu duro sacrificio
posándose en tu cruz, como los axes.

Pero, ya ves: con un albor bendito
luce su veste la elevada antena:
apresta para el viaje a lo infinito
tu corazón de luz, tu alma serena.

Francisco Bustamante

Quito, 8 de Diciembre de 1927

≡ Mientras Cronos Cuenta... ≡



O ACERTO a comprender si el hombre sufre porque huye de la verdad o porque trata de aproximarse a ella en fugaces momentos de sinceridad.

Todo le brinda un motivo para engañarse, para mentirse a sí mismo y si alguna vez la verdad toca a su puerta y le llama, el hombre, torpe e insensato, le responde desde adentro de su corazón: «No estoy aquí!» o «estoy durmiendo!»

Cada 365 o 366º grano de arena que va soltando Cronos, el viejo impassible, no es más que una advertencia bíblica y profética: «Tu vida se acorta, cuidala, estimala». Pero el hombre entiende al revés y cree que se le dice: «Alégrate, despílfarra el nuevo año que se te da». Y con una muestra tangible de su locura, coge a manos llenas los preciosos granos de su existencia y los avienta al abismo de la eternidad, para festejar así el año más de vida que supone se le ha regalado...

Y entre la embriaguez del licor y el vértigo del placer, puebla su mente vacía de fantasmas, quimeras, apariciones y vestigios, que van entrando con las hermosas vestiduras de la ilusión para salir luego, uno a uno, mostrando la horrible fealdad del desengaño.

Y si el hombre les preguntara: «¿Quién os franqueó la entrada de mi espíritu?» hubieran de contestarle: «Tú mismo, tú que nos cubristes con las hermosas vestiduras de la ilusión, porque tenías miedo de nuestra desnudez. Aquella era la mentira; esto tra la verdad: horrible, deforme, espantosa, pero que, sin embargo, bien hubieras podido quitarle algo y hasta mucho de su crudeza, engalanándola, sin por eso tomarla por lo que no es».

A la humanidad debería perdonársele sus yerros en gracia de la buena fe con que los comete. En esa hora solemne en que Cronos vuelca su reloj de arena, todos, sonrientes, bonachones, generosos, se abrazan y se desean muchas felicidades. Sinceros o no, todos manifiestan el más noble de los deseos: la completa ventura del prójimo.

Pero algunos minutos más tarde, una parte de esos «todos» está cansando o preparando siquiera, el sufrimiento, la amargura o por lo menos, la contrariedad de la otra. Y al brindar jubiloso sucede el reproche enconado; el abrazo cordial, la traición judaica; y el beso de Año Nuevo, si lo hubo (casi siempre lo hay) es sólo la repetición del que se dice en Getsemaní.

¿Habremos de odiarnos por ello? Eso sería el desbordamiento de nuestra demencia. Porque nuestra culpa estriba sólo en no ser siempre sinceros. Porque nuestro error consiste en tomar la mentira como el credo del buen vivir y la verdad como su negación. Y todo es únicamente fruto del convencionalismo humano: se ha estatuido que a las doce de la noche de cada 31 de Diciembre las gentes, amigas o no, se saluden y se den las más gratas muestras de fraternidad y armonía. Y lo cumplen religiosamente; del mismo modo que lo cumplirían si la tradición estableciera los rasguños o los bofetones como pruebas de un «feliz año nuevo!»

Entre excépticos y crédulos, entre pesimistas y optimistas, hay sólo una diferencia en la noche del 31 de Diciembre. Es que los unos recogen leña, mucha leña para achicharrarse durante 365 o 366 días; y los otros, no la recogen para congelarse durante todo el año. Lo cuerdo, lo sensato sería hacer acopio de combustible tan sólo en la cantidad necesaria para mantener el suave calorcito de la vida; la temperatura tibia que media entre el calor sofocante y el frío que entumece...

Los unos se echan encima una carga inútil de ilusiones y los otros desdeñan el palito de la esperanza que ha de servirles de báculo en la pendiente de la existencia. Y a veces, según sabias lecciones de la experiencia, preferible es someterse al hielo del pesimismo que al fuego de la ilusión. Del primero, con una metódica gimnasia del espíritu, se puede salir íntegro, mientras que del segundo sólo se escapa con las alas del corazón quemadas.

Entre esperar lo todo y no aguardar nada, he escogido para mí y siempre, lo segundo. Así la Vida que en medio de sus perversidades suele tener desprendimientos y larguezas de avaro, me regala alguna vez con una sorpresa, quizás pequeña, insignificante, pero tanto más confortante y consoladora, cuanto menos me la había forjado. Mas, cuando se pisa de largo, sin dejarme nada, tampoco sufro el dolor de la inútil espera en que los ojos se opacan y las fuerzas se extenuan....

Ben Omar

A las 12 p. m. del 31 de Diciembre

LA CASA DE MONTALVO Y LOS ESCRITORES NACIONALES

(Discurso leído en la inauguración de la Biblioteca de Autores Nacionales, por su Director ad-honorem, Don JULIO F. MERA.)

X

Señores:

LA PALABRA difícil y desautorizada apenas si podrá tener otro atenuante que el del encargo presuroso, dicho a medias y de mala manera, en el febril afán de lo imprevisto que nos lleva. . . . Aun contando con el mandato oficial que me obliga a dirigíroslo y la exquisita benevolencia con que tácitamente os disponéis a escucharme.

Ni es menester prodigarla desconsideradamente tampoco, si la ocasión, el lugar, las circunstancias, los motivos, de tan altas y fecundas inspiraciones para que no nos contagiemos de vaguedades y verbalismo, no estuvieran, por otra parte, exigiendo la gravedad y mesura del porte y la expresión; y en este caso nos basta un sincero apóstrofe patriótico, una voz, un eco, una onda vibrante como de himno o un acento férvido como de oración, para elevar nuestras almas y enardecer nuestros corazones.

Familiarizados con la vida y la obra de nuestros escritores —el primer aliciente, el primer guía, el primer influjo o el primer alimento espiritual que mayormente en tierras como la nuestra hemos recibido todos, — al culto que a ellos les debemos se une el de la Patria y aquel otro del despertar de la vocación, del descubrimiento de la senda de la poesía en que había de extractarse al fin todo el evocador perfume de nuestro pasado — montón de hojas secas que despetaló el destino — o simplemente de nuestro íntimo y deleitoso conocimiento con los libros. . . .

Y es halagador que al alma ingenua del pueblo baste también el que le toquemos con la varita mágica de sus nombres venerandos para que se exalte de súbito su sentimiento patriótico, vibre con cándido y santo orgullo y rompa el cristal de los aires con el acerado filo de su grito

que alardea y pregona la grandeza y superioridad de la propia tierra, por la grandeza y prestancia de sus hijos extraordinarios.

Heos aquí, unos mismos por el pensamiento y por el corazón, en este lugar doblemente santificado en que preside el inmortal espíritu de nuestros genios tutelares, en que tiene su altar el majestuoso séquito de todos nuestros dioses lares y penates, nuestros protectores domésticos y en que todo reviste el prestigio reverencial de un santuario, — con el alma hincada de rodillas. . . .

Aquí, en la noble presencia de los libros, ante los genios, los ingenios y las inteligencias altas y preclaras; los caracteres fuertes y representativos; los corazones grandes y magníficos. Aquí, ante los padres y maestros y los que han sabido ser condignos descendientes y continuadores suyos; los que han luchado, los que han soñado, los que han vivido. . . . Qué! los únicos que viven todavía, que vivirán intensamente, aun más allá del linde de esta paradoja absurda, este simulacro grotesco que llamamos vida — nuestras «propias vidas» — y que para ellos fue, — por la llamada ley de Chamfort, porque el genio, según pensaba Heine, actuando de pararrayos se atrae todas las desgracias, para que no fulminasen a los tontos, los tñlisteos, — la cruz del suplicio menarrable y la sepulcral y defraudada losa de la resurrección.

Todos los que han modelado el alma ecuatoriana; todos los que, en una u otra forma, dentro del radio que estamos considerando, en grado mayor o menor, aunque siempre meritorio, han aportado su valioso contingente para la formación y desenvolvimiento de nuestra nacionalidad. Los que, burros del alma humana, llegaron a sus repliegues y laberintos más recónditos, apóstoles de la verdad, la buscaron en todas las entrañas del misterio y, lujo y esu-

El Edificio del Diario "EL COMERCIO"



El primero de enero de 1928 celebró el decano de la prensa quiteña el XXIII aniversario de su existencia. En sus columnas halló siempre especial cabida la culta nota literaria.

berancia de la naturaleza, llenaron de tirones lacerantes como saetas enherboladas de tragedia y espasmo, y de arrobadoras armonías el mundo. Los esforzados paladines de nuestra democracia, los campeones invictos del fiero inviolable y la suprema libertad de nuestras conciencias, los gloriosos corifeos de nuestra naciente civilización, Espejo, Mejía, Olmedo; Moncayo, Montalvo, Males; González Suárez, Luis Felipe Borja y cientos de cientos más, sombras venerandas, nombres epónimos que afluyen en tropel a nuestros labios y flotan en este ambiente sereno, avivando el fuego de nuestro culto y agitando a los cuatro vientos el lírico pendón de nuestros entusiasmos.

Su herencia es magnífica; su aporte a la literatura continental, en los diversos ramos del saber humano, vasto, cuantioso y admirable. Autores hay que se han incorporado ya entre sus representantes y exponentes más legítimos. La Patria no ha podido contenerlos en la pequeñez de su

seno y el Nuevo Mundo les sirve de dosel desde donde fulguran sus genios incommensurables.

El hijo de Ambato solo, ¡oh, ambateños!, el ciudadano del mundo, como gustaba llamarse y como es ya fuerza considerarle, le salva del olvido a su Patria y de ese como punto de honor, ante el gran conglomerado de los pueblos todos restantes de la tierra y más allá del inmenso horizonte de los siglos!

Montalvo y Olmedo, para no prolongar la cita, no son en realidad del Ecuador únicamente; más antes los faros y mentores de América. Los que ella presenta al mundo, con otros pocos sus pares en las naciones hermanas, como encarnación sintética y gloriosa de su historia, en las épicas jornadas de su iniciación.

Y sus obras selectas, aunque contrapuestas en la enorme multiplicidad de la una y esa como concentrada dosis homeopática de la otra, reivindicando la fuerza prepotente y las virtualidades de la raza «incapaz de producir un libro», sino ciento y mil, como un evangelio de la razón, como una biblia humana, un monumento eterno del divino mármol de la poesía o el bronce indestructible de la idea, pertenecen al acervo de la humanidad.

Bien haya el que se las reuna aquí, junto con las de los demás artifices del pensamiento y adalides de la pluma, de que ha sido tan fecundo nuestro suelo y las sagradas prendas, los preciosos legados familiares del Maestro, que habrán de ostentar en sí, como la huella del ósculo impreso en las santas reliquias, el cálido effluvio de los homenajes de todo un pueblo agradecido.

Una a modo de apotéutica consagración diríase que entraña, por sus propósitos y finalidades, este hecho consolador de hondas evocaciones y alto sentido cultural, de realce histórica; este acto el más trascendente y simpático sin duda a los ojos de nuestros progenitores, que en un día como hoy sustentaron definitivamente las bases de la nativa ciudad, y no en vano la entrevieron en las lejanías del porvenir, transfundiendo en nuestras venas su sangre y legándonos la mejor testamentaría de sus virtudes y enseñanzas, cada vez más grande, civilizada y libre!

El establecimiento de una institución de esta clase siempre será el hecho ini-

CUANDO ESTAS AGUAS SE SERENEN

Quando estas aguas se serenen, Amor,
 cómo se regocijarán los lagos interiores
 y cómo serán entonces fructíferas y largas
 nuestras meditaciones!

Sobre las aguas quietas
 se anunciará una rara claridad,
 y quedaremos para siempre estáticos,
 como reflejos de la Eternidad.

Si es que el dolor está en lo oculto,
 como afirmaba el Ejemplar,
 no habrá dolores, porque todo

—cuando estas aguas se serenen,—
 tendrá el prestigio nuevo
 de una transparencia de cristal.

Juan Morinello

cial, el hecho máximo en el proceso de gestación de los más grandes hechos de la historia. Y este inmenso depósito de luz que irradiará más potente aun a lende las fronteras patrias y más hondo en nuestros espíritus, viene a ser algo más todavía: la Casa de Montalvo, por antonomasia; un lugar de romería espiritual, la tierra santa de los devotos de la ciencia y los cultores del Arte.

Historiada mansión de Do. Juan, que vió unos cuantos decenios atrás al lejano Ambato que supervive ya sólo en las leyendas y nos dice del candor, la poética alborada de nuestro pueblo, las deficiencias municipales, como una sobreviviente; y nos habla del vivir caballeresco y las virtudes domésticas de aquel que bien pudo autenticar en sí, en la nobleza y limpieza de su vida privada, ese perfecto y ejemplar dechado del Cura de Santa Encarnación. Solar tradicional del Cosmopolita, en cara amable austeridad de casona gloriosa y centenaria, nos cautiva y se impone, estremecida y palpitante, en sus más sugestivos detalles y muchos aspectos de la confianza, la figura procerca del hombre, no de talla menor, pero más bien preta o descolante respecto a la del escritor; y de cuyo seno, que le sirvió de maternal regazo, es preciso también que surja definitiva, radiante, cabal, la inmen-

sa figura histórica del artista, el polemista, el filósofo, el patriota, el «super-hombre» y el «héroe», para mayor «honra de su Patria y del género humano».

Acá habremos de acudir, pues, con la unción y reverencia de un asceta, para empaparnos en la poesía del recuerdo, en la esencia de intimidad de que están impregnados estos viejos muros; penetramos de la magia y el sagrado núnem de sus augustos muros y bajo su égida bienhecho ra y cordial, arribar —nuevos Telémacos ávidos de perfeccionamiento— a la soñada Itaca de nuestras aspiraciones.

Y esta casa hablará, por sobre todas las cosas íntimas, buenas, bellas y verdaderas que tiene que contarnos; esta casa hablará a la faz de la República y a la faz de América de modo que muy en alto recomiende nuestra espiritualidad y nuestro civismo; impondrá su mirada admirativa, encadenando a la celebridad por un motivo más, como la encadenara por todos el genio de su advocación; y al recordarla y contemplarla así, se evocará con júbilo y la simpatía de un aplauso, la simbólica piedra blanca con que este día, este acontecimiento, a ejemplo de los que nos han dado todos los ejemplos, dejamos señalados.

Ambato, Noviembre 12 de 1927



**Ese ardor en los ojos
con obstrucción de la nariz
y decaimiento general,
¡es un Resfriado!
¡No se lo deje agravar!**

¡ATAQUE los gérmenes antes de que se extiendan a los bronquios o al pulmón! Tómese en seguida dos tabletas de FENASPIRINA y repita esta dosis cada tres o cuatro horas. Si al acostarse toma otras dos tabletas con una limonada caliente y se abriga bien, a fin de sudar cuanto sea posible, el resultado será más rápido.

La FENASPIRINA descongestiona y alivia los centros donde está emperando a desarrollarse el resfriado y efectúa una pronta eliminación de las toxinas.

No trastorna el estómago ni la cabeza, como los productos laxantes a base de quinina.

Durante la Influenza fué lo que salvó más vidas.

¡Tenga siempre en casa un Tubo de veinte tabletas!

FENASPIRINA

No trastorna el estómago ni la cabeza

La FENASPIRINA se vende también en "Sobrecitos Verdes" de una tableta, pero aunque esta dosis proporciona un alivio relativo, no se debe, naturalmente, esperar que ella baste, sino continuar el tratamiento hasta que los síntomas hayan cedido.



Para la obstrucción de la nariz que acompaña a ciertos resfriados, recomendamos, como excelente auxiliar de la FENASPIRINA, el "Rapé Medicinal Bayer OXAN." Desobstruye, facilita la fluxión y despeja la cabeza.

POESÍAS DE XAVIER VILLAURRUTIA

INTERIOR

El aire que vuelve de un viaje,
lleno de dorado color,
se hiela en un marco para ser espejo
y cuadro de comedor.

¡Ay si el frutero
se resignara a no ser verdadero!
Más cada fruto
quiere morir a tiempo porque sabe
que su verano es pasajero.

Yo sólo sé
que en el plato de porcelana
está el vaso para mi sed
Y sin pedirle más sabor al agua
que no tenga sabor, que sea fría,
me bebo en cada vaso un día.

¡Ay si no fuera
porque en el plato de porcelana
están los días de la semana!

JARDÍN

La moldura de la ventana
reclama un trozo de jardín.

Hasta el aire con marco de los cristales
mueve el mismo temblor que mueve el velo
de la danza primavera!

¡Jugaremos al laberinto en sus calles,
para llegar a la fuente central!

Melancolía sin tristeza,
si no me haces suspirar
¿por qué inclinas sobre el hombro mi cabeza?

Inútil languidez de infancia,
¿para qué el corazón entonces,
cuando no le oía latir!

Hoy que se apresura o se causa
es cuando comienza a existir.

¡Ay!, rodar otra vez en los divanes
de suave musgo recortado,
pero dejando el corazón
abandonado.

Por qué la vida se complica
como el vuelo de esa golondrina
que burla toda la geometría?

Pero también la golondrina
atraviesa lanzando un grito
—se alcanzó rápida y derecha—
herida, ella misma es la víctima
y la flecha.

México.

mal
aliento

y mal sabor en la boca
por las mañanas. indica
caja digestión impropia
y exceso de mate-
rias áci- das acumula-
das en el estómago du-
rante la noche.

la
mejor
manera de
evitarlo
es

tomar al acostar-
se una cucharada de

LECHE de
MAGNESIA de PHILLIPS

en medio vaso de agua. Así,
sin purgarse, purifica Ud.
su estómago, neutraliza los
ácidos perjudiciales y regula
las funciones del hígado.

La Leche de Magnesia de
Phillips es también excelente
para los eructos agrios, la
"llenura," y el "ardor en la
boca del estómago." No hay
médico que no la reco-
miende.

¡MADRES!— La Leche de Mag-
nesia de Phillips es cincuenta
veces más efectiva que el Agua
de Cal para impedir que el alimen-
to se "agrie y cueja" en el
estómago causando al niño có-
licos, estreñimiento y vómitos.

ZOOLOGÍA



Acaba de salir a luz el **Primer Tomo** de esta obra del Profesor Normalista

Abelardo Flores;

Texto pedagógico arreglado de acuerdo con los principios de la **Moderna Escuela del Trabajo**, destinado al Preceptorado, Colegios de Segunda Enseñanza, Normales, Liceos, etc.

Esta obra y la de **BOTANICA** del mismo Autor, han merecido la aprobación de notables Profesores de Ciencias Biológicas de la Universidad Central y del Instituto «Mejía» y han sido acogidas favorablemente en el Exterior.

Para pedidos, dirigirse al Autor.—**Apartado N° 52.**—Quito-Ecuador

BOTÁNICA



Acabó de salir a luz el **Primer Tomo** de esta obra del Profesor Normalista

Abelardo Flores;

Texto pedagógico arreglado de acuerdo con los principios de la **Moderna Escuela del Trabajo**, destinado al Proceptorado, Colegios de Segunda Enseñanza, Normales, Liceos, etc.

Esta obra y la de **ZOOLOGIA** del mismo Autor, han merecido la aprobación de notables Profesores de Ciencias Biológicas de la Universidad Central y del Instituto «Mejías» y han sido acogidas favorablemente en el Exterior.

Para pedidos, dirigirse al Autor. — **Apartado N° 52.** — Quito-Ecuador

AL ALCANCE DE TODOS

TRATADO DE TABLAS NUMERICAS

TRATADO DE TABLAS NUMERICAS

Se encuentra de Venta
EL TRATADO DE
TABLAS NUMERICAS
DENOMINADO
PRONTUARIO

de Coeficientes de Sueldos, Estipendios, Jornales, Salarios, etc., prestan un auxilio poderoso y facilitan toda clase de operaciones, para Profesionales, Comerciantes, Agricultores, Industriales, Jornaleros, etc., etc.

PRECIOS:

Folleto Sección Administrativa y Comercial \$ 3,00
" " Comercial..... " 1,50

para pedidos dirigirse al Autor,

Alfredo S. Aguirre

DIRECCION: Carrera Maldonado Núm. 10
QUITO-ECUADOR

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS